LA MUGER VARONÍL,

COMEDIA

POR

DON JOSÉ MOR DE FUENTES.

MADRID

EN LA IMPRENTA DE CANO.

1800.

La Comedia viene á ser un remedo de lo que pasa en la sociedad; y bajo esta definicion parece que van comprendidas las lloronas ó tragi-comedias, *que tanto privan actualmente, no solo en España, sino en toda Europa. En efecto, los obgetos y casos lastimosos ocurren por lo ménos con tanta freqüencia en la vida civil como los festivos y ridículos, y así se hace tanto ú mas natural la representacion de aquellos que la de qualesquiera otros. Sin embargo, creo que bastarán algunas reflexîones para evidenciar, que este género, aunque conocido ya de los antigüos, como se vé en el* Andria *de Terencio, habiéndose ahora renovado con tanto entusiasmo, es para el arte un nuevo* Vandalismo *que lo reengolfa en la barbarie de su primer orígen, y le ataja por largo tiempo el camino de la agradable regularidad, quanto mas el de la sublime perfeccion.*

Empezando por el obgeto, dicen que el género triste se aventaja en utilidad al jocoso, por la enseñanza moral y directa que manifiesta en todas sus partes; pero ¡qué mal conocen, los que opinan así, el corazon humano! lo que el hombre teme á par de muerte, lo que encarna y se anida en sus entrañas para roerlas de continuo, es la ridiculez y el escarnio, al paso que ese decantado enternecimiento apénas asoma quan-

do se desvanece, sin dejar rastro alguno en el espíritu. Verdad es que en los pechos sensibles se hacen mas duraderas tales impresiones, pero estas por desgracia solo sirven para aumentarles sus quebrantos, sin enseñarles la rectitud que ya de suyo conocian y practicaban invariablemente; de aquí resulta que aun la verdadera Tragedia, bien distinta del género que reprobámos, es en nuestro sentir ménos recomendable y provechosa en su obgeto, que la Comedia festiva.

Además, en medio de los sucesos mas placenteros se rodean á cada paso ocasiones de desentrañar las interioridades del corazon, y el mayor Filósofo en esta parte es el mismo Moliere, que tanto alegra con sus chistes, pues en la alternativa de estos y de la moralidad que se les entretexe, consiste la esencia de la verdadera Comedia, la qual se encamina mas á promover la sonrisa apacible, compañera inseparable de la complacencia, que á escitar las carcajadas violentas y convulsivas en el auditorio.

Si atendemos ahora al artificio de la composicion, ¿qué vienen á ser en su todo esos dramas que tanto se celebran, sino, como dice Horacio, unos vestidos miserables con tal qual remiendo de púrpura? No se me alegue, que este desarreglo representa al natural los sucesos humanos con su eslabonamiento constante de prosperidades y contratiempos, pues qualquiera sabe que un Poeta

no debe ser mero y servil retratista, sino Pintor libre y discreto, que entresaque de la Naturaleza las partes mas relevantes y acomodadas para formar el todo ideal que constituye la escelencia de los artefactos. Por este símil se ve tambien que un paso ú otro sobresaliente no puede constituir el mérito de una obra, pues si el Pintor en un quadro de historia acabase con la mayor perfeccion algunas partes y aun figuras enteras, y concentrase la luz ó las sombras en ciertos puntos salteados, sin dar el correspondiente viso, unidad y harmonía á todo el conjunto, á pesar de algunas briosas pinceladas, no mereceria sino una mirada de menosprecio de parte de los inteligentes.

La nulidad mas aparente de dichos dramas, es una sucesion confusa y arbitraria de escenas desligadas, que permiten descartar qualesquiera de ellas, ó meter otras entremedias, sin que apenas se eche de ver la nueva monstruosidad. En esta parte llamada la construccion dramática, que, como dije en otro lugar, desempeñó Racine con una maestría incomparable, se muestran, á poca diferencia, iguales nuestros antiguos cómicos, aunque muy superiores en gallardía y desembarazo, á los decantados Alemanes. Se debe insistir mucho en este punto, por ser arduo en estremo, al paso que la observancia de las unidades, que el vulgo mira casi como inasequible, es en su com-

paracion llana y de ningun trabajo.

¿A qué es repetir esos preceptos, me dirán, si regularmente las Comedias que los guardan se hacen intolerables por su languidez y frialdad? Si el cargo fuese cierto, entónces esas Comedias arregladas *quebrantarian la regla mas esencial, y que prepondera á todas juntas, á saber, la de interesar incesantemente, pues la obra que desde luego no ceba, y ocupa de continuo, al menos hasta cierto grado, el espíritu, carece absolutamente de mérito. Pero adviértase, que es muy facil interesar por medio de obgetos y situaciones lastimosas, que como tengan algun viso de novedad, arrebatarán por la primera vez el aplauso universal; y así se vé, que en Francia, como en todas partes, el último* lloronista, *si puedo espresarme así, desbanca á todos sus antecesores, al paso que los conatos mas ó menos felices ó infructuosos de un sinnúmero de Escritores eminentes que han intentado seguir las huellas de Moliere, son otros tantos trofeos que realzan y eternizan su incontrastable primacía.*

En efecto vemos, que en la Oratoria, y aun en medio de la sociedad, qualquiera con un poco de ahinco sabe mover á compasion á sus oyentes ó circunstantes, quando apenas se halla un individuo entre mil que interese privativamente, embelesando la imaginacion con agudezas y aprensiones chistosas.

En medio de esto, me hago cargo de que se dan acaecimientos trágicos entre sugetos vulgares, ó que á lo menos no son Príncipes, pero como por lo natural estos asuntos han de ser de menos trascendencia, se hace mas dificil que se estampen en la imaginacion; y en fin sea la que fuere la gerarquía de los personages, siempre deben colocarse en un quadro cabal, y adornado de circunstancias bien distintas de las que se encuentran en los miserables dramas del dia.

Quisiera que algun Literato versado en el arte dramática demostrase practicamente la futilidad de semejantes abortos, haciendo uno, como es muy posible, en un solo dia, á fin de dar con este desengaño en los ojos á los que, atenidos, por cortedad ó por pereza, á sus primeras y equivocadas aprensiones, son incapaces de ver por sí mismos las verdades mas obvias y evidentes.

No se crea que hago aquí del conocimiento esperimental de la Dramática una ciencia peregrina, pues qualquiera hombre de medianas potencias y sin instruccion alguna puede ver, si el asunto está espuesto, seguido y terminado con la rapidez y estension debida, si las escenas se suceden con naturalidad y aumentando el interes de la accion, si los caractéres se desentrañan, sostienen y contraponen con propiedad, si el diálogo es festivo y animado, si los chistes freqüentes y oportunos, y el lenguage fluido,

castizo y decoroso; pero al mismo tiempo no es para todos el discernir los grados de mérito que da ó quita la diversa ilusion teatral, pues el determinar generalmente las causas de la mayor ó menor impresion que producen las obras de ingenio al considerarlas bajo distintos aspectos, es acaso lo mas árduo y delicado del arte de la crítica.

En suma, una egecucion atinada y vigorosa puede dar calor y vida á lo mas tibio y descarnado, y así aunque el Poeta, por supuesto, tiene que suministrar toda la composicion, no la ha de recargar, sino darle el temple mas adequado, contando con el desempeño de los representantes, pues de sus esfuerzos combinados debe resultar la sublimidad de la representacion. Por este miramiento, reduje yo, puesto que he de venir á hablar de mis Comedias, el encuentro de los amantes en el 2.º Acto del Calavera, á unos términos tan sencillos, que me temo parezca frio en la lectura, aunque estoy seguro ha de producir el efecto correspondiente, egecutando el papel de Gonzalo con alguna inteligencia. Todo se reduce á que llega, vé á Inés, vase lleno de agitacion para ella, la dice algunas palabras interrumpidas, vé á Leandro, corre á abrazarle; éste le habla, pero Gonzalo no escucha, se vuelve para Inés, y sigue hablándola con la misma viveza por toda la escena; la qual, sin esta premeditacion, hubiera yo llenado,

como me era muy facil, de esclamaciones y parasismos, al estilo de nuestros antiguos, que exâgeraban siempre semejantes pasos.

Lo mismo pudiera decir de casi toda la Comedia, donde estaba en mi mano el hacinar lances sobre lances [1]; *pero me persuado á que representándose algun dia con la debida propiedad, el caracter principal llenará toda la accion; y si frustrándose entónces mi esperanza, se me notasen, como es muy posible, algunas nulidades indisculpables, echaré el resto de mis esfuerzos para desvanecerlas, pues hasta tanto no trato de hacer alteracion alguna de entidad en mis composiciones dramáticas* [2].

1 *Lo árduo en la Dramática es despejar la accion sin descarnarla, orillando los accesorios menos importantes, pues estos se ofrecen de sobra al ingenio mas adocenado, y ese cúmulo de personages é incidentes que causa tanta admiracion á los ignorantes, no es mas, como dice el Caudillo de la Literatura moderna, que* una abundancia esteril.

Hablando del Teatro Español, dice otro Autor: Lorsqu'un peuple est accoutumé à un grand fracas d'aventures et d'incidents, le mal est presque sans remede; tout ce qui est naturel lui paroît foible, tout ce qui est simple lui paroît vide, tout ce qui est sage lui paroît froid.

Quando un pueblo se ha habituado á mucho estruendo de aventuras y acaecimientos, su achaque es casi incurable; todo lo natural se le antoja endeble, lo sencillo insustancial, y lo ajuiciado frio. ENCYC.

2 *Algunos que ignoran el arte de templar con oportunidad la energía de las voces, han tachado mi estilo de Aragonés por la preferencia que doy á los di-*

En quanto á si estas deben ó no escribirse en verso, quien supo hermanar el embeleso de la Poesía con la naturalidad de la prosa, dejó decidida la question, segun La Harpe en su Licéo. ¿Pues qué diria si tuviese conocimiento práctico de la facilidad y hermosura que encierra para lo cómico nuestro metro de ocho sílabas en asonante? En esta parte puedo decir, que el versificar me cuesta poquísimo trabajo, y si alguien lleva á mal que yo emplee tan corto espacio de tiempo, que casi se hace increible, para componer una Comedia, le diré lo primero que esta carrera no ofrece tanta recompensa que obligue á violentar un natural impaciente concentrando la imaginacion por largos dias en un obgeto, y luego que no creo conseguir con la mas porfiada constancia mejoras tan considerables en mis composiciones, que me estimulen á hacer este sacrificio; pues hay espíritus, que así en las artes como en los ciencias, tienen que flechar el blanco al primer golpe, y si éste se les malogra, sus repetidos esfuerzos no hacen mas que llenarlos de confusion y de tinieblas.

Hablemos ya de la Muger Varoníl. Aquí, no menos que en el Calavera, he querido ser original y atenerme á las leyes, no

minutivos terminados en illo, *cuyo uso, desconocido en Aragon, prevalece con especialidad en Andalucía, donde apenas he estado. Con el mismo tino se han juzgado comunmente todas mis obras.*

de Aristóteles ni de otro preceptista, sino de la Naturaleza sola, y en virtud de ellas he desterrado como inverosímiles los apartes, *los* soliloquios, *y sobre todo los criados, que no veo intervengan, fuera del teatro, en los negocios importantes y reservados de las familias. En esta Comedia, qualquiera verá que la accion es una en sí aunque doble en su efecto, pero el desenlace, que es acaso su parte menos imperfecta, pues nace del caracter del principal personage, me temo desagrade á las mugeres, quienes sin duda desearian ver por fin á la Heroina en el colmo de las satisfacciones y de los triunfos. Pero no era ese ni podia ser mi obgeto, puesto que todo capricho ú mas bien desbarro desenfrenado, no siendo deshonesto, debe únicamente castigarse con el azote del escarnio.*

Por lo demas, creo que la vehemencia con que he procurado pintar la desgraciada condicion de las mugeres, y sobretodo el interés entrañable que les demuestro de contínuo, me franquea cierto derecho para estrellarles algunas verdades un tantillo amargas. ¿Y á quién no causará lástima é indignacion al propio tiempo, el verlas salir de su esfera y remedar las inclinaciones de los hombres, bien sea para cautivar así sus atenciones, ó bien con qualquiera otro obgeto? No me opongo por esto á que se les ilustre el entendimiento y fortalezca el es-

píritu, para manejarse con acierto en lo que les compete, y arrostrar con entereza los contratiempos que han de padecer inevitablemente; pero quisiera que esta enseñanza no pasase de cierto punto, paraque nunca viniese á redundar en menoscabo de aquella candorosa, sublime y celeste sencillez, que tanto las encarece, aun para los hombres mas insensibles y desarreglados.

Por último les recordaré con un Poeta Inglés, que sus ocupaciones propias é interesantes son, almibarar los jugos aromáticos de las plantas, matizar la tela con flores y obgetos halagüeños, entretejer y desenmarañar el vistoso laberinto de una contradanza, y leer ó entonar cantares sonoros y conceptuosos, debiendo mirar como agenos de su constitucion los arreos y egercicios varoniles, que léjos de comunicarles algun realce, marchitan y anonadan su inestimable atractivo.

PERSONAS.

DOÑA LEONOR, hija de
DOÑA IRENE.
DOÑA FELISA, hija de
D. FAUSTO.
EL MARQUES DEL RIO.
D. MARCELO, su amigo.
D. JACINTO, hermano de Leonor.

LA MUGER VARONÍL.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EL MARQUES Y DOÑA IRENE.

MARQUES.
¿Es posible, Doña Irene,
Que Usted, de suyo espresiva,
Placentera y sin reserva,
Hoy se muestre tan distinta,
Que casi la desconozco?

DOÑA IRENE.
Pues yo me creo la misma.

MARQUES.
No, que está Usted demudada,
Y en estremo pensativa.

DOÑA IRENE.
Causa hay para ello, y muy grave.

MARQUES.
Ya tarda Usted en decirla.

DOÑA IRENE.
Así Usted me permitiera
Hacerle una preguntilla.

MARQUES.

Hágame Usted quantas guste;
Presto quedará servida.

DOÑA IRENE.

Pues diga el Señor Marquès,
Qué intencion, idea ó mira
Le trae por esta casa.

MARQUES.

¿Qué intencion? ¡Pregunta linda!
¿Qué intencion me ha de traer?
La de hacer una visita.

DOÑA IRENE.

No puede Usted ignorar,
Que hay visitas y visitas.

MARQUES.

Para mí todas son unas.

DOÑA IRENE.

¿No las hay de cortesía,
De interes, de galantéo,
Y de especies infinitas?

MARQUES.

No alcanzo esas diferencias
Tan sutiles y esquisitas.
Pero en fin, acabe Usted
De decir lo que queria.

DOÑA IRENE.

Mi hija Leonor es soltera....

MARQUES.

Ya lo sé, ¡qué mercancía

Para tiempos tan fatales,
En que todos á porfia
Del yugo matrimonial
Se mofan y se desvian!

DOÑA IRENE.

Todos no, quatro menguados.

MARQUES.

Si menguados se apellidan
Quantos gastan esa maña;
¡Ay discrecion de mi vida,
Que en el mundo no pareces!
¿Dónde estarás escondida?
Yo el primero algunos ratos,
Metido en bullicio y risa,
Confieso que la patente
De mofador merecia.

DOÑA IRENE.

Mi Leonor, que es varoníl,
A los necios desestima,
Y de los pocos discretos
Al aprecio solo aspira.
¿Qué es verla en los exercicios
De la caza y de la esgrima?
¿Y qué quando las qüestiones
Mas intrincadas ventila
Con Literatos famosos?
En suma todos admiran
En las ciencias y en las artes
Su sin igual maestría.

¿Con que será Autora insigne,
Si á componer se dedica?
¿Y una invencible Amazona,
Si se inclina á la milicia?
Pero demos que se muestre
Tan sabia como heroïna;
¿Por ventura una muger
Ser todo eso necesita,
Para gobernar la casa
Con prudente economía?

DOÑA IRENE, despues de una pausa.

Usted es como Jacinto,
Por tanto su compañía
Se le ha de hacer mas gustosa.

MARQUES.

¡Qué aprension tan repentina!

DOÑA IRENE.

Ven, Jacinto. A retirarme
Mis quehaceres me precisan.

ESCENA II.

JACINTO y el MARQUES.

JACINTO.

Tú has enojado á mi madre.

MARQUES.

Anduve un tanto indiscreto
En tocar aquel sagrado
Que pone en armas su sexô.

JACINTO.

¿Es posible que intentases
Ajar su honor?

MARQUES.

Nada de eso.
Me oyó hablar del matrimonio
En un tonillo chancero.
Hice mal; pues las mugeres
Todas de comun acuerdo,
Y haciéndolo causa propia
Lo defienden con esfuerzo.
Quanto mas, que interiormente
Soy abogado del gremio,
A pesar de quanto he dicho.

JACINTO.

¿Qué quieres decir con eso?
¿Que te casas?

MARQUES.

Despacito;
Que el caso no es para menos.

JACINTO.

¿Querrias catequizarme?

MARQUES.

Tal vez.

JACINTO.

Veamos.

MARQUES.

Si puedo,
He de hacer que te establezcas.

JACINTO.

Quedándote tú soltero.
Con que eres pintiparado
Como un Capitan gallego,
Que gritaba, *embarca*, *embarca*,
A su gente; pero él quieto
Se quedaba siempre en tierra.

MARQUES.

Yo soy como el marinero,
Que ántes de darse á las olas
Observa como está el tiempo.

JACINTO.

Pues el mar del matrimonio
Borrascoso está en estremo.
A la prueba me remito.

MARQUES.

Siempre habrá sido lo mesmo.
En suma, amigo del alma,
La hermosura en este pecho
Tan viva impresion produce,
Que espresártela no puedo.

JACINTO.

Y dónde está esa hermosura?

MARQUES.

¿No es prenda del otro sexô?

JACINTO.

Es prenda de quanto exîste,
Segun lo consideremos.
Para mí un viviente, un árbol

Es en su línea tan bello,
Como una muger qualquiera.

MARQUES.

¡Qué ente tan raro estás hecho!
¿Lo irracional é insensible
Quieres poner en cotejo
Con una beldad, al cabo
Dotada de entendimiento?
¿Quándo llegas á una sala,
Quajada de estremo á estremo
De muchachas vestiditas
De blanco, suelto el cabello,
Brotando vida y amores
Por su rostro y por su cuerpo,
No te arrobas é imaginas,
Que estás mirando un remedo
De la gloria?

JACINTO.

¡Qué delirio!
Imagino, lo que es cierto,
Que tan solo estoy mirando
Una fila de muñecos,
Que van vertiendo un torrente
De sandeces, por egemplo;
Que tú, que yo, que los otros
En todo nos parecemos
A Fulano ú á Zutano;
Solo que el uno es muy tieso,
Aquel un poco encorvado,

Aqueste otro muy moreno.
¡Ay Jesus, y qué fastidio!
¿Pues ahora, qué diremos
De caprichos y estrañezas?
¿Qué veleta ni que viento
Se les puede comparar
En cambiarse por momentos?
¿Y por qué causas ¡Dios mio!
Se irritan hasta el estremo?
Si el chocolate hace espuma,
Si está claro, ú si está espeso;
Si tarda un minuto el sastre
En traer el trage nuevo,
Si los pliegues, si las faldas,
Si el escote es mas ó menos...
Mil pequeñeces que solo
De nombrarlas me avergüenzo.

MARQUES.

Cada qual piensa á su modo;
Yo por mi parte prefiero
Tener que disimularles
Las flaquezas de su sexô,
A que vayan ostentando
La fortaleza del nuestro.

JACINTO.

El que sean varoniles
De ningun modo lo apruebo.

MARQUES.

¿Pues hombre, como las quieres?

¿Serán un término medio,
Un mixto de hombre y muger?

JACINTO.

¿Para mí? ¿cómo las quiero?
Ni de ese ni de otro modo.
¿Soy raro? pues en haciendo
Una reflexîon bien óbvia,
Apostaré que te dejo
Convencido, y de mi bando.
Si en tu memoria un momento
Recorres las circunstancias
De tus Cloris, irás viendo
Que una te hizo mil desaires,
Que otra usó de fingimientos,
Que estotra solo admitia
Por interés tus obsequios,
Que aquella franqueó su casa
Antes que á ti á cien sugetos,
Que lastiman tu amor propio
Entrando en lista con ellos;
Y que todas te han causado
Amargos remordimientos.

MARQUES.

¿Y las mugeres no tienen
Escepciones que ponernos?

JACINTO.

¿Quién quita que nos las pongan?

MARQUES.

¿Qué han de poner si están viendo

El papel indecoroso,
Y la vejez sin consuelo
Que las espera, quedando
Solteras?

JACINTO.

Aquí te tengo;
Tal es la prerogativa
Que en sí encierra nuestro sexô,
Que solo bajo su sombra
Es digno el otro de aprecio.

MARQUES.

Para mí es mas despreciable
Todo solteron añejo,
Que como zángano usurpa
El fruto de los desvelos
De las activas abejas,
Y vive sin dar provecho.

JACINTO.

Hasta que el mundo se enmiende,
Todos opinar debemos
Como he dicho.

MARQUES.

¡Qué terrible
Estás contra el débil sexô!

JACINTO.

Estoy como él se merece.

MARQUES.

¿Te he de decir lo que siento?

JACINTO.
Dilo ¿por qué te detienes?
MARQUES.
Jacinto, por lo que entiendo,
Tú has de estár enamorado.
JACINTO.
¿Como hilas ese argumento?
Tú sin duda en las escuelas
Estudiaste con esmero
La rancia filosofia,
Y echó al través tu celebro.
MARQUES.
Ni una letra aprendí de ella.
JACINTO.
Entónces ya te respeto.
MARQUES.
No quieras con esa mofa
Echarte fuera del cuento.
El estar enamorado
Será algun borron muy feo,
Quando huyes de confesarlo.
Tú no ignoras que incurriéron
Hombres grandes en lo mismo.
JACINTO.
Bien débiles, bien pequeños,
Por mas grandes que parezcan,
Son para mí todos esos.
MARQUES.
Si así mides á los hombres,

Te declaro sin rodeos,
Que soy de los mas enanos.

JACINTO.

Marqués mio, ya te entiendo;
Me dirás que eres sensible,
Pues se hizo de moda el serlo,
O lo que es mucho mas facil,
El decirlo por lo menos;
Y con tantos palabrones
Como van por ahi vertiendo
De afectuosa humanidad,
Y de hidalguía de pecho,
Al interés mas infame
Se ofrece todo el incienso.
Pero fuera sermoncillo
Que no viene muy á cuento.
Si buscas á Leonor,
¡Qué chasco! se tiene á menos
De mostrar correspondencia.

MARQUES.

No vengo con tal obgeto;
Aunque yo por tan adusta
E insensible no la tengo.
Otra es la que me interesa....

JACINTO.

¿Quál?

MARQUES.

Aquella del colegio;
Ya tú sabes... la Felisa...

JACINTO.

Pájaro de primer vuelo;
Por eso te vas tras ella.

MARQUES.

Está muy lejos mi intento
De ser el que tú malicias.
Fondear su espíritu quiero,
Y exâminar si conserva
La inocencia de su encierro.

JACINTO.

¡Inocencia! Dios la dé.
Allá en los primeros tiempos
Se estilaba esa Señora.

MARQUES.

Yo por sencilla la tengo.

JACINTO.

¿No se habrá comunicado
Con las otras allá dentro?
Pero en fin tendrás el gusto
De domar ese potruelo.

MARQUES.

¿Podré verla?

JACINTO.

Ahora mismo.
Su Padre, que es un sugeto
Instruido, la acompaña.

MARQUES.

Mejor será que esperemos.

JACINTO.

Le tengo ofrecido un libro,
Y en busca de él voy corriendo,
Que está en poder de un Amigo.

MARQUES.

¿Algun Literato?

JACINTO.

Cierto.

MARQUES.

¡Qué dado estás á esa gente,
Y al estudio! un fenoméno
Eres de los mas estraños.
¡Estudiar tanto en el tiempo
Mas propio de divertirte!
Y tantas prendas teniendo
Que no dejan trasladarte
La coplilla de Quevedo:
¿Qué mucho que una fea
Se dé á los libros,
Si son todas sus noches
Ratos perdidos?

JACINTO.

Eso va á los que pasáron
Su verdor en galanteos,
Y luego en la madurez
Dia y noche están leyendo
Novelas, buscando siempre
Algun escaso remedo
De sus pasados placeres;

Pero yo me lisongeo
De que estudio por principios,
Y con otro fundamento.

MARQUES.

¿Quién lo duda?

JACINTO.

Con que á Dios;
Ahí tienes á Marcelo.

MARQUES.

¿Me dexas?

JACINTO.

¿No tengo acaso
Confianza para hacerlo?

MARQUES.

Quisiera ver á Felisa.

JACINTO.

Espérala.

MARQUES.

No la espero,
Por no dar sospecha al Padre.

JACINTO.

¡Ay qué corto eres de genio!

MARQUES.

No tal, sino que es preciso
Guardar ciertos miramientos.

JACINTO.

Guárdalos enhorabuena,
Mas los tengo por superfluos.

ESCENA III.

MARCELO y el MARQUES.

MARCELO.
Oh Marqués ¿y Leonor?
MARQUES.
¡Leonor! ¿Qué sé yo de ella?
MARCELO.
¿No vienes aquí en su busca?
MARQUES.
¿Y en qué fundas tu sospecha?
MARCELO.
En que sé que tus visitas
Un tantillo menudeas;
Y *ainda mais* estais iguales.
MARQUES.
¿Qué dices, hombre? tú sueñas.
MARCELO.
No cierto; tú eres soltero,
Y Leonor tambien soltera;
Con que es bastante motivo,
Segun la aprension discreta
Que reina generalmente,
Para crêr que la cortejas.
MARQUES.
Pues ese argumento tiene
Contigo la misma fuerza.

MARCELO rie.

Ha, ha, ha ¡qué disparate!
Yo soy de paz.

MARQUES.

No lo creas.

MARCELO.

¿Sabrás lo que por mí pasa
Mejor que yo? bueno fuera.

MARQUES.

Pues te digo y te repito,
Que de guerra y muy de guerra
Has sido, eres y serás.

MARCELO.

Ya que la echas de profeta,
Esplícame ese misterio,
Si quieres que yo lo entienda.

MARQUES.

Tú eres la misma cachaza;
Con que atesoras la prenda
Mas rara y mas apreciable
Para una muger discreta.

MARCELO.

¿Por qué razon?

MARQUES.

Es bien óbvia;
Porque contigo qualquiera
Ha de lograr á toda hora
La libertad mas completa.

MARQUES.

Segun dónde, cómo y quándo;
No te fies de aguas muertas.

MARQUES.

Amigo, nos conocemos.
Pero dime con franqueza,
¿Si te sale un buen partido
Eres hombre que te atrevas
A casarte?

MARCELO.

Alguna vez
Me anduvo por la cabeza
Ese asunto; y para mí
Dije: al cabo si se piensa,
Bien se pasa con muger,
Y bien se pasa sin ella.

MARQUES.

¿Y es lo mismo?

MARCELO.

¿Qué mas tiene?

MARQUES.

¡Ay mi Dios, y quien me diera
Una dósis razonable
De tan santa indiferencia!

MARCELO.

Déjate de esclamaciones,
Que en tu mano está el tenerla.

MARQUES.

Sin duda estará en mi mano

Mudar de naturaleza.
¡Ay que sale Doña Irene!
Por tu causa aquí me encuentra.
¿Si estrañará mi quedada?

MARCELO.

¿Y qué zozobras son esas?

MARQUES.

Otra vez te lo diré.

MARCELO.

Me lo dirás quando quieras.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE y dichos.

DOÑA IRENE.

Don Marcelo, bien venido;
¿Válgame Dios, qué contento
Estará el Señor Marqués
Con tan finos compañeros,
Como son en su sistema
Mi Jacinto y Don Marcelo?

MARQUES.

¿Qué sistema?

DOÑA IRENE.

El favorito,
De mirarnos con desprecio.

MARQUES.

No hago tal.

MARCELO.

¿Quién, el Marqués?
En este mismo momento
Me hablaba del matrimonio
En tono de serle afecto.

DOÑA IRENE.

Pues no va eso muy acorde
Con el desdén altanero
Que me ha demostrado; vaya,
Usted no estuvo en el cuento *á Marcelo*
De que habló por ironía;
Porque en un hombre, no creo
Quepa tanta insubsistencia,
Que es propia de nuestro sexô.
Pero en fin de esta quedada
Yo no sé lo que sospecho.

MARQUES.

¡Qué las Señoras mugeres
Se crean que no tenemos
Los hombres otros afanes
Que el ir en su seguimiento!
Yo bien sé de donde viene
Tan ridículo concepto.
Los Españoles de antaño
Sufrian sol y sereno,
Y se apaleaban de muerte,
Por echar quatro requiebros
A sus toscas Dulcineas;
Y aun ahora mismo hay necios

Que siguen tan rancio estilo.
A los Ingleses me atengo,
Que pasan, no digo meses,
Sino los años enteros
Sin soñar en las mugeres.

DOÑA IRENE.

¿No lo vé Usted, Don Marcelo,
Como ya volvió á su tema?
Mas Dios sabe lo que siento
Que no acabe de esplicarse.

MARCELO.

Pues él no es corto de genio.

MARQUES.

Ni tampoco de palabras
Para espresar mis conceptos.
Ya dije, que con Ustedes
No traigo ningun intento,
Y el haberme detenido,
Fué solo para dar tiempo
A que Jacinto volviese
De cierto que-hacer; mas temo
Que ha de tardar demasiado,
Y por lo mismo me ausento.

ESCENA V.

DOÑA IRENE y MARCELO.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice Usted del Marqués?

MARCELO.

Que es un hombre.

DOÑA IRENE.

Ya lo veo;
Y bien raro.

MARCELO.

Como todos,
Sobre poco mas ó menos.

DOÑA IRENE.

En verdad, poco se llevan.
Pues casi todos se han puesto
Sobre el pie de hacer su antojo.
No hay para esto sufrimiento:
Y sino, Usted que lo entiende...

MARCELO.

Yo de hombres muy poco entiendo.

DOÑA IRENE.

¿Con que Usted entiende solo
De mugeres?

MARCELO.

Mucho menos.

DOÑA IRENE.

Pues dígame Usted á qué
Aplicó su entendimiento.

MARCELO.

A nada.

DOÑA IRENE.

¿Es posible?

MARCELO.

A nada,
Mas que á pasar así el tiempo
Buenamente como venga,
Sin zozobras ni deseos.

DOÑA IRENE.

¿Y quándo se casa Usted?

MARCELO.

Yo no lo sé.

DOÑA IRENE.

En mi concepto
Haria Usted un marido
Muy cómodo.

MARCELO.

Bien lo creo;
Otros tambien me lo han dicho.

DOÑA IRENE.

¿Por qué tarda Usted en serlo?

MARCELO.

Porque no me corre priesa.

DOÑA IRENE.

Bendiga Dios el sosiego;

¿Pero no me dirá Usted
Su sentir en lo que quiero
Descifrar?

MARCELO.

Yo ya se sabe,
Que hablo siempre lo que siento;
Mas si el asunto está en cifra,
Digo que no lo comprendo
Desde ahora.

DOÑA IRENE.

Estoy medrada
Con tan sabio consejero.
En fin á mí me parece,
Que el Marqués con sus desprecios
En busca de Leonor
Viene.

MARCELO.

¿Con qué fundamento
Opina Usted de ese modo?

DOÑA IRENE.

El fundamento que tengo,
Es que han tomado los hombres
Ahora ese estilo nuevo
De avasallar las mugeres.

MARCELO.

Puede ser, mas no lo creo.

DOÑA IRENE.

¿Y qué es lo que Usted no cree?

MARCELO.
El que el Marqués sea de esos.
DOÑA IRENE.
Yo al contrario, no lo dudo.
MARCELO.
En viéndolo diré, es cierto.
DOÑA IRENE.
Entónces no tiene gracia.
MARCELO.
Pues ántes yo no me atrevo
A afirmarlo.
DOÑA IRENE.
Con Don Fausto
El caso consultarémos.

ESCENA VI.

D. FAUSTO, FELISA y dichos.

DOÑA IRENE.
Felisita, ¡qué bien puesta!
Vaya que estás hecha un cielo.
FELISA.
¿Me va bien este vestido?
DOÑA IRENE.
¿Qué no irá bien á tu cuerpo?
D. FAUSTO.
Menos elogios, Señora,
Que las niñas, aun sin ellos,

Son propensas á engreirse;
Y harto les muestra el espejo,
Sin mas testigos, sus gracias.

DOÑA IRENE.

Felisa no es capaz de eso;
En ella no hay mas que agrado.

MARCELO.

¿Y hablaria Usted lo mesmo
A su espalda?

DOÑA IRENE.

¿Quién lo duda?

MARCELO.

Usted lo dice, lo creo.

DOÑA IRENE.

¿Me tiene Usted por tan falsa?

MARCELO.

Como siempre está uno viendo
Que las mugeres se abrazan,
Se besan, y mil estremos
Se hacen de mutuo cariño,
Para tirarse al degüello
En perdiéndose de vista...

DOÑA IRENE.

¿Me cuenta Usted, Don Marcelo,
Entre esas? tan gran perfidia
Es propia de infames pechos.

MARCELO.

No digo yo lo contrario.

FELISA.

Sé muy bien, que con esceso
Me honra siempre esta Señora.
¿Y Leonor?

DOÑA IRENE.

Te espera dentro.
va Felisa á marcharse.

D. FAUSTO.

Me voy, Felisa.

FELISA.

Abur, Padre;
Ya sabe Usted que me quedo
A pasar aquí la tarde
Con Leonor. ¡Jesus, si tengo
Tantas cosas que contarle!

MARCELO.

¡Qué asuntazos serán ellos!
Bien pesarán entre todos
Medio adarme, quando menos.

ESCENA VII.

D. FAUSTO, DOÑA IRENE y MARCELO.

D. FAUSTO.

¿Y Don Jacinto?.. un encargo
Me estará sin duda haciendo.

DOÑA IRENE.

No lo sé ¿está Usted de priesa?

D. FAUSTO.

Con Usted en ningun tiempo.

MARCELO.

¡Ola, ola! Señor mio,
Eso me suena á requiebro.

DOÑA IRENE.

Hubo algo en nuestros verdores
De lo que llaman cortejo.

D. FAUSTO.

Y aun algos, decia Sancho;
Y segun cierto proverbio,
Quien tuvo, tiene y tendrá.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios, y qué zelos
Gastaba allá mi difunto!
Trabajo costaba el vernos;
Pero al fin se le engañaba,
Que las mugeres tenemos
Siempre arbitrios á la mano
En semejantes empeños.
Aun si en descuido nos cogen,
Nunca falta algun enredo
Para ofuscar la verdad;
Y con quatro mimos tiernos
Dejamos al maridillo
Bien burlado, y bien contento.

MARCELO.

¡Qué confesion tan ingenua!

DOÑA IRENE.

Con Ustedes ningun riesgo
Corre mi honor, y seria
Delirio el gastar rodeos.

MARCELO.

Y el público deja en paz
A las que hiciéron á tiempo
Una honrosa retirada.

DOÑA IRENE á D. Fausto.

Pero vengamos al cuento.
El Señor Marqués del Rio
Ha dado en favorecernos,
Y á ver si Usted me descifra
Su conducta que no entiendo.

D. FAUSTO.

No me hable Usted de Marqueses.

DOÑA IRENE.

¿Pues por qué?

D. FAUSTO.

Porque me acuerdo
De aquel maldito Marqués,
Que me dió allá en otro tiempo
Con Usted tan malos ratos.

DOÑA IRENE.

¿Quién se acuerda ahora de eso?

D. FAUSTO.

Yo que no puedo olvidarlo
En la vida; y aun apuesto
Que Usted lo tiene en la lista

De sus muchos galanteos.

DOÑA IRENE rie.

Ha, ha, ha... la lista, dice.

MARCELO.

Sabroso le es el recuerdo.

D. FAUSTO.

Bien al contrario que á mí.
¡Jesus, qué aversion profeso
Desde aquella temporada
A los tales chuchumecos!
¿Pero hay uno que no sea
Botarate, y satisfecho
Con los timbres de nobleza
Que sus padres adquirieron;
O que tal vez usurpáron
Por los mas iniqüos medios?

DOÑA IRENE.

No creo que al susodicho
Acompañe ese defecto.

D. FAUSTO.

Para mí, allá se van todos;
Y á Felisa desde luego
De escogerse ella su novio
Plena libertad le dejo,
Como no sea Marqués,
Que entonces la desheredo
Sin remision.

DOÑA IRENE.

!Ay Jesus,

Qué rencoroso!

D. FAUSTO.

Confieso

Que lo soy en esta parte.

DOÑA IRENE.

A bien que con nada de eso
Tiene que ver mi consulta.

D. FAUSTO.

Pues Usted vaya diciendo,
Que yo en darle mi dictamen
Seré, como siempre, ingenuo

DOÑA IRENE.

No debo dudarlo; en suma
El citado caballero
Freqüenta mucho esta casa,
Y en lugar de aquel afecto
Que es natural ir cobrando
A quien se trata, un despego
Indecible con Leonor
Demuestra, de sus desvelos
Mofándose de continuo.

D. FAUSTO.

¿Eso es creible?

DOÑA IRENE.

Es muy cierto.

D. FAUSTO.

Ahora digo que piensa
Con sobrado entendimiento
Para Marqués.

DOÑA IRENE.

¿Con qué Usted
Tambien entra en ese gremio?

D. FAUSTO.

¿Porqué no, quando Usted misma
Me puede servir de egemplo?
Usted no supo una jota
En su vida, y con todo eso,
A ver si nos faltó asunto
De que hablar en ningun tiempo.

DOÑA IRENE.

No hay duda; pero el saber
Siempre es muy digno de aprecio.

D. FAUSTO.

Yo tendré por apreciable
Lo que fuere de provecho;
Lo demas es hojarasca.

DOÑA IRENE.

Lo mismo estuvo dicièndo
El Marqués.

D. FAUSTO.

¿Eso decia?
Ya deseo conocerlo.

MARCELO.

¿Y quién no dirá lo mismo?

DOÑA IRENE.

Vive Dios; no hay sufrimiento
Para tratar con Ustedes.
¡Jesus y qué hombres tan tercos!

D. FAUSTO.

Quedito; que quien se altera
Da siempre un indicio cierto
De que no tiene razon.
Pero siga Usted su cuento.

DOÑA IRENE.

Nada tengo que añadir,
Sino tan solo que infiero
De esa misma indiferencia,
Mejor diré menosprecio,
Que aparenta con Leonor
El Marqués.

D. FAUSTO.

Vaya acabemos.

DOÑA IRENE.

Que de ella está enamorado.

D. FAUSTO.

¿Quién lo duda? hasta el estremo.
La conseqüencia es exâcta,
Y por ella desde luego
Merece Usted ser Doctora
Aprobada en claustro pleno.
¿Y esta era la gran consulta?

DOÑA IRENE.

¡Que ironías, santo cielo!
Vea Usted en que han parado
Los antiguos rendimientos.

D. FAUSTO.

¡Hasta ahora durarian!

Quanto mas que aun conservo
En la memoria los dias
Que Usted me dió tan perversos,
Y solo un amor muy fino
Deja afectuosos recuerdos.
En fin, bien-haya mi suerte
Que cambió ya con el tiempo.

DOÑA IRENE.

Yo tambien cambio de sitio,
Y me marcho para dentro. *Vase.*

D. FAUSTO.

Yo voy á una diligencia.

MARCELO.

Pues yo al Marqués aquí espero.

ESCENA VIII.

MARCELO, LEONOR y FELISA.

FELISA.

¿Y mi Padre?

MARCELO.

Acaba de irse.

LEONOR.

Sabe Dios quanto lo siento;
Porque el libro de mi hermano
Se llevará sin poderlo
Registrar, como queria.

MARCELO.

Si no se han visto.

LEONOR.

Me alegro,
Que lo tendré á mi albedrio.

MARCELO.

¿De qué trata?

LEONOR.

Allá veremos.

MARCELO.

¡Graciosísima aprension,
Enamorarse de aquello
Que no se sabe lo que es!

LEONOR *vuelta á Felisa.*

Ya lo iba á tratar de necio,
Pero quiero reportarme. *á Marcelo.*
¿Ignora Usted mi proyecto
De aprender todas las ciencias?

MARCELO.

La muger cuerda bien presto
Se impone en las de su esfera.

LEONOR.

¿Quáles son?

MARCELO.

En mi concepto,
Coser, hilar, hacer media,
Y sazonar el puchero;
O á lo mas, lo mas, bordar
Sus zapatos y pañuelos.

Para todo lo demas
Que ocurre, el mejor maestro
Es su instinto natural...

LEONOR.

Quisiera que Don Marcelo
Me hubiera visto argüir
Con un profesor de griego.

MARCELO.

¡Qué solemne mentecato
Será el tal!

LEONOR.

No es nada de eso.

MARCELO.

Quien disputa con mugeres
No puede menos de serlo.

LEONOR.

La manía de los hombres
Es gozar el privilegio
Esclusivo de saber.

MARCELO.

Pero diga Usted, ¿el griego
A qué puede conducir
A una muger? en sabiendo
Hablar bien el castellano,
Lo demás es devaneo.

FELISA.

¿Quién viene?

MARCELO.

Nuestro Marqués.

FELISA.
Buen mozo.
LEONOR.
Sí; mas me temo
Que no te guste su trato.
MARCELO.
Pues yo lo contrario creo.

ESCENA IX.

EL *MARQUES y dichos.*

MARQUES á Marcelo.
Nunca mas favorecido.
MARCELO.
Si traes un libro griego,
Me desbancas al instante.
MARQUES.
¿Qué dices? yo no te entiendo.
LEONOR.
Se está mofando de mí.
MARQUES.
No es creible de Marcelo.
LEONOR.
Es muy creible de todos
Los hombres en este tiempo.
MARQUES.
¿Si serian de otra pasta
Nuestros incultos abuelos?

LEONOR.

Aunque incultos se preciaban
De mostrarse caballeros.

MARQUES.

Y muchos de ellos andantes.

LEONOR.

¡Ay, Jesus, y qué chanceros
Están hoy estos Señores!

MARQUES.

Decíalo, porque vengo
De feriarme un Rocinante,
Y á Don Quijote me meto
El dia menos pensado.

LEONOR.

¿Dónde está? vamos á verlo.
Cabalmente esta mañana
Estuve en Buffon leyendo
El tratado del caballo.
¡Ay, Marqués! yo me perezco
Por esto de ginetear.

MARQUES.

Pues se dan hombres tan necios,
Que ese marcial egercicio
Vinculan á nuestro sexô.

LEONOR.

Yo pienso muy de otro modo,
È ingenuamente confieso,
Que á veces estoy mirando
Con envidia á los toreros,

Quando á lidiar desafian
A aquel animal tan fiero.

MARQUES.

Aprendan, pues, de valor
Todos esos hombrezuelos,
Que suelen estremecerse
Con la sangre y los estremos
De un animal moribundo.
Aprendan del sexô tierno
A decidir, si se clava
La banderilla en su puesto,
Si entra á tiempo el picador,
Y si el toro está bien muerto.
Pero ironías afuera,
Y sin gastar mas rodeos,
Digo aquí lo que diria
A la faz del universo,
Y es que una muger que gusta
De tan bárbaro recreo,
Ya no es muger para mí,
Sino el monstruo mas horrendo.

LEONOR.

Como yo soy de esos monstruos,
Me marcho de aquí corriendo.

FELISA.

¿Te vas, Leonor? pues yo sola
Con dos hombres no me quedo.

LEONOR.

Sí, Felisa; estáte quieta,

Que yo volveré al momento;
Y no temas á los hombres,
Pues no es el Leon tan fiero...

ESCENA X.

EL MARQUES, MARCELO y FELISA.

MARCELO.
Dime, Marques, ¿con las damas
Esperas hacer progresos
Tratándolas de ese modo?

MARQUES.
Con Leonor, ni los espero,
Ni los deseo tampoco.

MARCELO.
Tal parece.

FELISA.
¡Si yo creo
Que se empeñó en enojarla!

MARQUES.
Nunca hize tales empeños;
Pero debo confesar,
Que me complazco en estremo,
Quando logro la ocasion
De ajar un orgullo necio.

FELISA.
Si Leonor con sus estudios
Merece tal tratamiento,

¿Qué será de las que salen
De la estrechez de un encierro,
Donde no les dan del mundo
El menor conocimiento?

MARQUES.

Esa misma sencillez
Que se descubre á lo lejos,
Es la prenda mas segura
Para lograr el aprecio
De las personas sensatas.

FELISA.

Así será, mas yo veo,
Que las demas hacen mofa
De este torpe encogimiento,
Que es causa de cometer
Tan continuos desaciertos.

MARQUES.

Todas esas mofadoras
Son mugerzuelas sin seso,
Que tal vez hacen alarde
De sus culpables escesos.

FELISA.

Pero el sobrado candor,
Bien sabe Usted, que está espuesto
A que abusen de él los hombres.

MARQUES.

Es de temer, no lo niego,
Que la escesiva franqueza
Acarree nuevos riesgos;

Y por lo mismo las niñas
Desde sus años mas tiernos
Debieran en algun modo
Cultivar su entendimiento
Con lecturas agradables,
No de novelas y cuentos,
Que estragan su corazon,
Sin que ningun documento
Provechoso les impriman;
Sino de hechos verdaderos,
Donde vean retratado,
Qual en fiel y claro espejo,
Este mundo, como ha sido,
Es, y será en todo tiempo.
En la música y dibujo
Puede su espíritu inquieto,
Enseñándose á sentir,
Hallar inocente cebo,
Sin que aspire neciamente
A alternar con sus maestros;
Y la muchacha que junte
Un razonable despejo,
Un mediano parecer,
Un franco y sensible pecho,
Con delicado decoro
Y aquel recato modesto
Que anima todas sus prendas,
Será para mí el objeto
Mas sobrehumano que puede

Producir en ningun tiempo
La Naturaleza, echando
El resto de sus esfuerzos.

MARCELO.

¡Pues no es nada lo que pide
Si esperas hallar todo eso
Para casarte, aun va largo.
En lo demas no me meto,
Pero en esto de modestia
¡Quántos trabajos tendremos!
Va á desterrarse del mundo.
¿Ya en el dia no estás viendo
Que lejos de respetarla,
Nuestras mugeres han hecho
Gala, ú moda, ú lo que fuere,
De tratarla con desprecio?

MARQUES.

Es verdad; y esa locura
Ha producido el efecto
Que se debia esperar;
Y es que ahora á todo el sexô
Se trata sin distincion
Con poquísimo respeto.

MARCELO.

Tampoco él se paga mucho
De lo que llaman incienso,
Ateniéndose tan solo
A lo macizo, al dinero.

MARQUES.

Marcelo, con tu licencia,
De la regla esceptuaremos
Las Señoritas juiciosas
Y de un carácter ingénuo,
Que léjos de contagiarse
Con tan fatales egemplos,
Se inclinan sinceramente
A quien les dicta su pecho,
Sin que medie el interés,
Ni patente, ni encubierto.

MARCELO.

Y ahora tu linda arenga
Debes coronar diciendo,
Que de tan rara escelencia
Tenemos aquí el modelo.

MARQUES.

¿Quién duda que se trasluce
Por sus dones manifiestos
El corazon mas hidalgo,
Y felizmente dispuesto
A ser de prendas amables
Un agregado completo?

FELISA.

Déjese Usted de lisonjas.

MARQUES.

¡Ay, Señora! yo indiscreto
En decir crudas verdades
Soy mas bien que lisongero.

FELISA.

Los hombres son todos falsos.

MARQUES.

Los dichitos del colegio.
Eso se irá desgastando
Con el trato y con el tiempo.

MARCELO.

Yo siento apesadumbrarte,
Marqués, mas no puedo menos
De darte una mala nueva.

MARQUES.

Vamos á ver; dila luego.

MARCELO.

Que Don Fausto... no hace mucho,
Nos estuvo aquí diciendo
Que odiaba á todo Marqués;
Y él es temoso en estremo.

FELISA.

¡Ay, Jesus! si aquí me encuentra,
¡Pobre de mí! voyme adentro.

MARQUES *poniéndose delante.*

Aun tardará.

FELISA.

¿Quién lo sabe?

MARQUES.

¿Y al llegar no lo oiremos?

FELISA.

¿Y si sale Doña Irene,
Qué dirá, sino que vengo

A su casa á galantear?
Hasta otra vez, caballeros. *Vase.*

MARCELO.

Paciencia, Marqués, paciencia,
No lo tomes tan á pecho.

MARQUÉS.

Vámonos.

MARCELO.

¿A dónde?

MARQUES.

En busca
De Don Fausto.

MARCELO.

¿Si es opuesto
A los Marqueses?

MARQUES.

¿Por qué?

MARCELO.

¡Lo que rabias por saberlo!

MARQUES.

Mas valdrá que vayas solo.

MARCELO.

Mas valdrá que lo dexemos,
Porque es cansarnos en valde...
Pero yo á todo me avengo,
Y allá voy si te interesa.

MARQUES.

Ya estás viendo hasta qué estremo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JACINTO y FELISA.

JACINTO.

Felisa ¡famosa tarde!
Tendrás aquí al Marquesito,
Que te quiere, te idolatra
Con todos los requisitos
Del mas fino galanteo.

FELISA.

Muy poco hace que se ha ido.

JACINTO.

El Marqués, segun la cuenta,
Te esperó aquí ¿no lo digo?
Le flechó de parte á parte
El travieso Cupidillo.

FELISA.

No te mofes.

JACINTO.

No por cierto;
Pues dado que el amorío
Pasase mas adelante,
No es despreciable el partido
Del Marqués: vamos andando
Que habrá boda.

FELISA.

No hay peligro.

JACINTO.

No te hagas tan desdeñosa.

FELISA.

No cierto ; solo te digo,
Que te dejes de recelos.

JACINTO.

¿Yo recelos? ¡qué delirio!
¿Media acaso entre nosotros
Ni el menor interesillo
Para ponerme en cuidado?

FELISA.

Pues yo tenia entendido
Que sí.

JACINTO.

¿Con qué fundamento?

FELISA.

Doña Irene me lo ha dicho,
No una, sino mil veces.

JACINTO.

¿De veras?

FELISA.

Mucho.

JACINTO.

¿Se ha visto
Tan rara oficiosidad?
A mí me saca de tino.

FELISA.

¿Te incomoda?

JACINTO.

No.

FELISA.

Creí.

JACINTO.

Si yo me mostrase esquivo,
Seria muy desatento,
Y el contarme por tu amigo
Es logro que tengo en mucho;
Pero no me creo digno
De ser tu amante.

FELISA.

¿Por qué?

JACINTO.

¿Quieres te halague el oido,
Celebrando largamente
El poderoso atractivo
Que te sobra y que me falta?

FELISA.

No soy tan necia, Jacinto.

JACINTO.

Ahora bien; yo en la vida,
Te protesto, haber sufrido
Me observen los movimientos,
Y me digan de continuo
Si me marcho, si me quedo,
Si estoy serio, ú si me rio.

Pues esto es nada en cotejo
De tolerar los caprichos
Que acá y aculiá os voltean
Qual si fuerais dominguillos.
¡Ay, tristes enamorados!
¿Puede haber mayor martirio
Que el andar siempre acechando
Los pasos de su idolillo?
Si al salir de la tertulia
Dió la mano á fulanito;
Si lo miró en el paseo
Con ojos enternecidos,
Y si al pasar por su lado
Caer dejó el abanico
Para que él lo recogiera,
Y allí de paso al oido
La echase quatro requiebros...
Quien así vive, es indigno
De contarse entre los hombres;
Y así aténgome á mis libros,
Pues del humor que los dejo
Los hallo siempre al abrirlos.
Pero volviendo al asunto,
Mi madre, ¿cómo te dijo
Que yo pensase tener
Tan gran interés contigo?

FELISA.

Siempre me daba espresiones
De tu parte.

JACINTO.

¿Y fué motivo
Bastante para creer
Que yo era un amante fino?

FELISA.

¿Pues no se las encargabas?

JACINTO.

Desde luego, como amigo,
Y elogiador de tus prendas.

FELISA.

Ya veo quan simple he sido.
Las muchachas encerradas
Obedeciendo á los vivos
Impulsos del corazon,
Bien presto nos persuadimos,
Que el cumplimiento de enviarnos
Espresiones, es lo mismo
Que hacernos declaracion
De amor.

JACINTO.

No hay nada perdido.

FELISA.

Yo he ganado un desengaño.

JACINTO.

Lo que te dije al principio
Fué que no somos iguales,
Y lo mismo te repito.

ESCENA II.

DOÑA IRENE y dichos.

DOÑA IRENE.
Bien me parece, señores.
FELISA.
Yo por dejar con sus libros
A Leonor, me vine fuera.
DOÑA IRENE.
¿Y no rendiste á Jacinto?
FELISA.
¿Si contra todas nosotras
Está hecho un basilisco?
JACINTO.
Yo con nadie tengo encono,
Y mucho menos contigo.
DOÑA IRENE.
¿Pero por qué no te muestras
Un poco mas espresivo?
FELISA.
Pues eso es miel sobre hojuelas
Para lo que ántes ha dicho.
DOÑA IRENE.
La fuerza del disimulo...
JACINTO.
¿Insiste Usted en lo mismo?
DOÑA IRENE.
¿Y porque no he de insistir?

JACINTO.
Usted tendrá sus motivos.
DOÑA IRENE.
Vé, Felisa, á que te enseñe
Leonor el dibujillo
Que acaba de trabajar.
Es de un primor peregrino,
Y espera ganar el premio.
FELISA.
En efecto, que la he visto
Afanada en su tarea.
DOÑA IRENE.
Ahora la ha concluido.
FELISA.
Me alegro; allá voy corriendo
A ver si es del gusto mio.

ESCENA III.

DOÑA IRENE y JACINTO.

JACINTO.
¿Temió Usted que le estrellase
Algun frio desengaño?
Tarde piache; ya lo lleva
Muy bien dicho y bien cantado.
DOÑA IRENE.
En suma ¿qué le dijiste?

Que yo para enamorado,
Ni de ella ni de otra alguna
Dos caracoles no valgo.

DOÑA IRENE.

Pues, hombre, la has hecho buen.

JACINTO.

Yo veré si desarraygo
De su pecho esa creencia,
Que Usted tanto ha procurado
Infundirle, de que estoy
De su atractivo prendado.

DCÑA IRENE.

¿Tan mal partido es Felisa?

JACINTO.

Para mí todos son malos;
Y Usted no ignora que siempre
Del mismo modo he pensado.
Por tanto no sé á qué vienen
Esos oficios y pasos,
Que son poco relevantes,
O á lo menos bien estraños.

DOÑA IRENE.

¿Sabes qué digo?...

JACINTO.

Ya estoy;
Que allá un ente estrafalario
Soy ¿no es verdad?

DOÑA IRENE.

Tú lo dices.

JACINTO.

Séalo por muchos años.

DOÑA IRENE.

Dios me libre de los hombres
Que están metidos á sabios.

JACINTO.

Fuera digno de alabanza,
Si me hallase en ese caso;
Bien al revés de mi hermana,
Que ahí se quiebra los cascos
Impaciente y desvelada,
Por aprender lo que al cabo
La ha de hacer muy despreciable
Para todo hombre sensato.

DOÑA IRENE.

Por mas que digas, los hombres
Finos y bien educados,
Han de gustar de mugeres
Que les parezcan en algo;
Y tal vez por este medio
Vendrá á casa un Marquesado.

JACINTO.

¿Atraer por ese medio
Al Marqués? ¡intento vano!

DOÑA IRENE.

¿Qué sabemos?

JACINTO.

Yo lo sé.

¿De dónde? ¿de qué? ¿de quándo?
Dilo ya.

JACINTO.

Yo sé de siempre,
Que será muy al contrario
De lo que Usted, sin asomo
De razon, se ha figurado.
El Marqués no se recata;
De continuo está voceando
Que el candor y la inocencia
Pueden solo avasallarlo,
Y en conclusion que es Felisa
De quien él está prendado,
Desde que la vió, hace tiempo,
Por no sé qué raro acaso.

DOÑA IRENE.

Además de que es opuesto
A todo Marqués Don Fausto,
Leonor y yo espresamente
Con ella aquí le dejamos,
Y estoy creida que apenas
Haya ido esperimentando
Aquella torpe insulsez
Le habrá entrado el empalago.

JACINTO.

Pues ahora mas que nunca
Afirmo que lo contrario
Succederá... aquí está él mismo;
Buena ocasion de fondearlo.

ESCENA IV.

EL MARQUES y dichos.

JACINTO á Doña Irene.
¿Vé Usted, como hoy el amigo
Sus visitas menudea?

DOÑA IRENE.
Ya sabe que es siempte dueño.

JACINTO.
Si es que acude á la querencia
De esa niña... está flechado.

MARQUES.
¿Son para menos sus prendas?

DOÑA IRENE.
Pues tampoco les encuentro
Ninguna sobresalencia.

JACINTO.
¿Qué mucho, si no hay muger
Que á las demás las parezca,
No digo sobresaliente,
Mas ni mediana siquiera?

DOÑA IRENE.
Ya tardabas demasiado
En disparar tus saetas
Contra las pobres mugeres.

MARQUES.
Pues yo salgo á la contienda,
Y aunque conozco muy bien

Los desbarros y flaquezas
Del otro sexô, á mi cargo
Tomo siempre su defensa.

JACINTO.

En estando enamorado
Seguiré el mismo sistema.

MARQUES.

¿Y quándo piensas estarlo?

JACINTO.

Un invierno que no llueva
En Galicia ni en Vizcaya.

MARQUES.

Si opinas de esa manera,
Habrás de llevar á bien
Que de ti me compadezca.

JACINTO.

Reserva tu compasion,
Para usarla quando venga
Al caso.

MARQUES.

¿Con que tus libros
En tal grado te deleytan,
Que en celestial embeleso
Tienen siempre tus potencias,
Sin que ningun otro objeto
Eches menos?... ¡ah! confiesa,
Que muchos y largos ratos
Tu corazon se impacienta,
Se agita violentamente

Sin saber lo que desea.
Mas ¿qué mucho, si le falta
Una grata compañera?
Y ahora estás en salud,
Que si por suerte en ausencia
De tu madre y de tu hermana
Te acaeciere el perderla,
Ponte en manos de los hombres,
Y verás que no bien llegan
A tu cuerpo, quando todos
Tus tormentos se acrecientan.
Vé al contrario la muger
Como al paciente maneja,
Sin lastimarle jamas;
Antes bien con la terneza
E interés que en el semblante
Y en los ojos le demuestra,
Con aquel metal de voz
Que le dió Naturaleza
Dispuesto á que gratamente
Nuestros órganos moviera,
Su espíritu vivifica
Y sus dolores ahuyenta.
¿Y quién como una consorte
Puede servir de enfermera?
Pero aun fuera de estos casos,
El amor todo lo llena,
Todo lo anima, y sin él
Está lánguida, está yerta

La sociedad. Bien dirán
Que en esta union tan estrecha
La llama de la pasion
Se apaga: muy norabuena
Como quede la amistad,
Que es siempre mas fina y tierna
Entre dos sexôs distintos;
Sin contar la descendencia
Que su cariño realza,
Y sus desvelos concentra
De continuo en un objeto.
Aquellas gracias primeras
Que cautiváron el pecho
Siempre están en él impresas;
Una ilusion agradable
De continuo las renueva,
Y las ofrece enlazadas
Con las angélicas prendas
Del espíritu, que son
Invariables, sempiternas.
Sin duda así lo dispuso
La sabia Naturaleza,
Para hacer que los consortes
Se amasen hasta la huesa.

MARQUES.

Señor Marqués, en Usted
Esa es doctrina muy nueva.

JACINTO.

Nada de eso ¡quánto tiempo

Hace ya que la profesa!
Pero quiero hacerle al paño
Una preguntita suelta.
Si es apreciable una cosa
Que se llama independencia,
¿Quien ama puede estar libre?
Tú mismo acá no vinieras
Tantas veces, si no fuese
Por ver á esa muchachuela.

MARQUES.

Ya se sabe que hay esclavos
Que idolatran su cadena.

JACINTO.

Se sabe que son muy necios...

DOÑA IRENE.

¡Ay que ahora se me acuerda
Que he de ir á hacer unas compras
Con Felisa!

MARQUES.

Yo quisiera
Acompañarlas á Ustedes.

DOÑA IRENE.

Por mí, bien... mas quando sepa
Don Fausto que Usted ha ido
Con Felisa, ¡infeliz de ella!

MARQUES.

Pues entónces nada he dicho.

DOÑA IRENE.

Darémos luego la vuelta.

ESCENA V.

EL MARQUES y JACINTO.

MARQUES.

¿No dirán que Doña Irene
Quiere burlar mi impaciencia,
Arrebatando á Felisa
En el momento de verla?

JACINTO.

Nada sé, mas no es creible
Haya tomado por tema
Contrastar una pasion
Que ya sin rebozo muestras.

MARQUES.

Si aun el mas disimulado
En vano ocultar intenta
Una aficion entrañable,
¿Qué será quien se profesa
Candoroso, y trae siempre
El corazon en la lengua?
Te confieso que Felisa
En gran modo me interesa
Por todas sus circunstancias,
Pero mas por su inocencia.

JACINTO.

Si le debo algun afecto,
En pago de tu franqueza,
Desde ahora para siempre

Te cedo la prêminencia.
¿Quieres mas?

MARQUES.

Ni tanto.

JACINTO.

¿Cómo?

MARQUES.

Como no quiero me cedas
Tú ni nadie los amores.

JACINTO.

¿Pues cabe mayor fineza
En la amistad?

MARQUES.

¿Por ventura
El tomar lo que otro deja
Lisongea al amor propio,
Y mas en esta materia?
Además ¿quién sino un necio
A sabiendas se atreviesa
Al raudal de una pasion
Comprimida á viva fuerza,
Que un encuentro, unos celillos,
Un nada, en fin, la renueva?

JACINTO.

No estamos en ese caso,
Felisita allá por ciertas
Noticias equivocadas
Dió en mostrárseme propensa.
Llegó el caso de esplicarnos

Y al ver tanta indiferencia
Por mi parte, pudo luego
Desentenderse de aquella
Mal fundada inclinacion,
O capricho ú lo que fuera.

MARQUES.

Por mas que seas mi amigo,
Y por mas que nadie deba
Creer que llega el primero
A una muchacha, esa nueva
Me entibia mas que me inflama,
Pues no es nada lisongera,
Y gracias á que tú eres
Insensible á la Belleza.

JACINTO.

No, Marqués, bien se me alcanza
Su poder y su escelencia;
Pero apenas la contemplo,
De tropel se me presentan
Esos crueles sinsabores,
Esas furiosas tormentas
Que á sus incautos sequaces
Asaltan, y la carrera
De los placeres trasforman
En un abismo de penas.
Y ¿qué es ver á una Hermosura
Sentada entre la caterva
De sus rendidos? ¿qué es verla
Cada dia haciendo nuevas

Promociones de privanza?
¿Con tanto incienso, no es fuerza
Que la muger, ya de suyo
Liviana, se desvanezca,
Se endiose y mire á los hombres
Allá como si nacieran
Para ser esclavos suyos?...

MARQUES.

Basta, Jacinto, no quieras
Zaherir á la Hermosura,
Que es bien óbvia la defensa.
Su suerte es la mas aciaga
Acaso que hay en la tierra.
Siempre llena de temores,
Siempre esclava, siempre en guerra
Con su pecho que le dice
Ama, ama, y no la dejan;
Quando llega á descubrir
En algun hombre las prendas
Que le llenan el deseo,
Y el corazon le encadenan,
Ya que logre merecerle
Una fiel correspondencia,
O lo vé de tarde en tarde,
O bien es solo en presencia
De personas que le imponen
La mas penosa reserva.
Si de su trato la privan,
¡Qué zozobras! ¡qué impaciencia:

Mil vidas diera gustosa
Con tal que la permitieran,
A salvo de miramientos
Romper su prision estrecha.
Si vienen á desposarla,
No será, no con aquella
Persona que tanto quiere;
Y entre el júbilo y la fiesta
De la boda, mil recuerdos
La combaten y atormentan.
Si se va el amante sufre
Los dolores de la ausencia;
Si se queda y siempre fino,
Siempre invariable se muestra,
No puede menos de amarlo,
Y con alguna imprudencia
Su intimidad reservada
Al Esposo manifiesta.
Entónces ¡qué sacrificios!
¡Qué estremos falsos le cuesta
El mostrarle de cariño
Las mas vivas apariencias!
Y en medio de su martirio
Lo que mas la desespera,
Es tener que hacer desaires
A quien ama tan de veras.
Con esto la risa y gracias
De su triste rostro vuelan,
Que no pueden mucho tiempo

Habitar entre las penas.

JACINTO.

¿Y crees tú, que los hombres
Tan afortunados sean?
Si de desdichas se trata,
Pregunta de puerta en puerta,
Verás como todos dicen
Esta es su morada eterna.

MARQUES.

Lo sé; mas por fin los hombres
Logran cierta independencia,
Y variando sin cesar
De obgetos y de tareas,
Con algunas distracciones
Sus desventuras alternan.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, LEONOR, FELISA y dichos.

Doña Irene y Felisa con basquiña y mantilla.

DOÑA IRENE.

¡Qué bien te va la mantilla!
Con mucho primor la llevas.

MARQUES.

Las Señoras quando elogian
A las demas son sinceras,
Como siempre.

Abur, Marqués.

MARQUES.

Abur, que Usted se divierta.

JACINTO.

¡Ay, Jesus, pobre mantilla!
¿Pues no estaba ya bien puesta?
Y al cabo vendrá á quedar
En su situacion primera.

MARQUES.

Todas esas maniobras
Son precisas en presencia
De los hombres.

JACINTO.

No de todos:
Yo debo, segun las muestras,
Darme ya por desbancado,
Pues al llegar á la puerta
Te miró ¿con qué se pagan
Tan esquisitas finezas?

MARQUES.

Pues permite, amigo mio,
Que yo por tales las tenga;
Y advierte que el cortesano
Despues de arrastrar cadenas
Ignominiosas, no alcanza
Mas sólidas complacencias.

JACINTO.

Pero con este triunfo
No me hables ya de tibiezas.

LEONOR.

Marqués, yo voy á esponer
Mi opinion en la materia,
Que traigo vivos deseos
De entablar una contienda.

JACINTO.

Voyme adentro, que mi hermana
A hacer la Doctora empieza.

ESCENA VII.

EL MARQUES y LEONOR.

MARQUES.

Señora, tan solo falta
Para lograr esa idea,
Que haya aquí un antagonista.

LEONOR.

Ya; los hombres se desdeñan
De escuchar nuestros discursos.

MARQUES.

Es la razon muy diversa
De la que Usted se malicia.
Con una Señora es fuerza
Ceder en toda ocasion.

LEONOR.

Para mí no es esa regla.

MARQUES.

Sin embargo...

LEONOR.

Por dejado;
Pero traigo en la cabeza
Sobre el teatro de España
Una obra muy estensa,
Y deseaba que Usted
Su parecer me espusiera.

MARQUES.

Quanto ocurre en ese punto
Está dicho en quatro letras.
Nuestros cómicos no aprenden
Su profesion por escuela,
Ni tampoco, en mi dictamen,
Es posible que la aprendan;
Porque ¿cómo han de espresar
Lo de aire, agua, fuego y tierra,
Con los demas disparates,
De las antiguas Comedias?
Las insípidas lloronas,
Que las hagan como quieran,
Poco importa.

LEONOR.

Segun eso,
No gusta Usted de tragedias.

MARQUES.

Yo gusto de todo aquello
Que el obgeto desempeña
Del teatro; aunque confieso,
Que mucho mas interesan

Los chistes y la alegría,
Que los ayes y tristezas;
Pues demasiadas desdichas
Se encuentran en la carrera
De la vida, sin buscarlas.
Lo que mas me desespera
Es el ver, que anden haciendo
Una ridícula mezcla
De lo jocoso y lo triste;
Hablen claro, que yo sepa
Que es lo que voy á escuchar,
Y llévenme enhorabuena
A la Comedia á reir,
Y á llorar á la Tragedia.

LEONOR.

Si todo está ya apurado,
Y los Autores no aciertan
A tratar asuntos nuevos.

MARQUES.

Yo opino de otra manera.
¿Los sainetes no retratan
Con propiedad y viveza
Las costumbres de la plebe?
Dedíquense las Comedias
A pintar la gente culta
Que es tan ridícula y necia,
Quando menos como el vulgo;
Y una abundante cosecha
Tendrán de asuntos intactos,

Sin que se vayan á tierras
Remotas en busca de ellos.

LEONOR.

Tambien yo traigo en la idea
Una Comedia.

MARQUES sonriéndose.

¿El obgeto?

LEONOR.

El obgeto es hacer befa
De los necios, que creyendo
Vivir en la independencia,
Por mantener las mugeres
Mas corrompidas se empeñan,
Y lealtad se prometen
De tan infame ralea.

MARQUES.

Y Usted, como interesada,
Le echará sal y pimienta.

LEONOR.

¿Yo acaso puedo tener
Interés con tales bestias?

MARQUES.

Se interesa todo el sexô.

LEONOR.

Y el Estado.

MARQUES.

Enhorabuena,
Pero críticas habrá,
Y gracias, si son atentas.

LEONOR.

Pues, Señor, si las hubiere
Saldrémos á la palestra.

MARQUES.

¿Cómo?

LEONOR.

Por ambos estilos.
Pues aquesta misma diestra
Sabrá esgrimir el acero,
Como la pluma maneja.

MARQUES.

¿Con qué Usted es heroïna?

LEONOR.

Yo seré lo que se ofrezca,
Que ya cupo en las mugeres
Ser leidas y guerreras.
Entre otras varias, tan solo
Nombraré á Zenobia, Reyna
De Palmira, consumada
En toda especie de letras,
Y que luego oponer supo
Porfiada resistencia
A un egército Romano.

MARQUES.

Pero por fin en la prueba
Del infortunio flaqueó
Su aparente fortaleza.
Por lo mas en las mugeres
Se observó esta inconseqüencia,

Y por eso cada sexô
Debe encerrarse en su esfera;
Y si en materia tan árdua
Alguna duda nos queda,
Consultemos con Marcelo
Que aquí viene.

LEONOR.

A tiempo llega,
Pues con eso tendrá Usted
Quien apruebe sus ideas.

ESCENA VIII.

MARQUES y MARCELO.

MARQUES.

¿Pues cómo has tardado tanto?

MARCELO.

No lo sé.

MARQURS.

¡Linda respuesta!
Leonor ha estado aquí
Quebrándome la cabeza
Con tanta bachillería,
Que iba ya á tomar la puerta.

MARCELO.

Bien hecho.

MARQUES.

Vaya ¿le hablaste?
Sácame de esta impaciencia.

MARCELO.

¿A quién?

MARQUES.

A Don Fausto.

MARCELO.

Sí.

MARQUES.

¿Le apuntaste la materia?

MARCELO.

No.

MARQUES.

¿Qué me dices?

MARCELO.

Lo que oyes.

MARQUES.

No vi semejante flema.

MARCELO.

¿Quién pudiera imaginar
Que corriese tanta priesa?

MARQUES.

¡Qué poco entiendes de amores!

MARCELO.

Ni una pizca, y no me pesa.

MARQUES.

¿Y si Don Fausto entretanto
De Felisa dispusiera?

MARCELO.

¿No sabes aquel refran:
Donde una puerta se cierra?...

MARQUES.

¿Y así se pasa y traspasa
Una pasion verdadera?
Al obgeto que una vez
De nuestra alma se apodera,
No se le halla equivalente,
Ni remedo en la ancha tierra.

MARCELO.

Ya he dicho que no sé de eso;
Mas si tanto te interesa,
Esperemos á Don Fausto,
Que iba á cierta diligencia
Y en breve ha de estar aquí.

MARQUES.

Me alegro sobremanera.
¿Cómo se hará este negocio?
Discurramos... mejor fuera,
A mi ver, que te encargases
Tú de hacerle la propuesta.

MARCELO.

Por encargado.

MARQUES.

Y me voy.

MARCELO.

Vete.

MARQUES.

Pero, hombre, no sea
Que lo erremos; ya me quedo.

MARCELO.

Quédate muy norabuena.

MARQUES.

Anda yendo y viniendo hácia la puerta y hácia Marcelo.

No, no, que me marcho, y pongo
En tus manos esta empresa.

MARCELO.

Será lo que Dios quisiere;
No nos va la vida en ella.

MARQUES.

¿Sabes lo que has de decir?

MARCELO.

¿Pues, no quieres que lo sepa?
Que estás muerto por Felisa.

MARQUES.

No le entres de esa manera;
Vé poco á poco tentando
El vado.

MARCELO.

Márchate y cuenta
Con mi maña.

MARQUES.

Hombre, no estrañe
El hallarte aquí á la espera.

MARCELO.

No será tan caviloso.

MARQUES.

Como estás solo... pudieras

Llamar á Jacinto.

MARCELO.

Vete.

MARQUES.

Voyme, mas temo.

MARCELO.

No temas.

MARQUES.

A tu cargo está el negocio;
A ver como lo manejas.

Al salir se encuentra con Don Fausto, y le saluda.

ESCENA IX.

D. FAUSTO y MARCELO.

D. FAUSTO.

Si yo no me engaño mucho,
Es ese el Marqués del Rio
Amante de Leonor.

MARCELO.

Lo primero es positivo;
Lo de amante muy dudoso.

D. FAUSTO.

Doña Irene me lo dijo
Allá con ciertos rodeos.

MARCELO.

Ella vá por un camino,

Si piensa tal, y el Marqués
Va por otro muy distinto.
No que él desprecie á Leonor;
El mirarla con desvio
Es porque se halla prendado
De otro pecho mas sencillo;
Pero un grave inconveniente
Se atraviesa á su designio,
Y hará sin duda infeliz
A un mozo tan instruido,
Tan bondoso, tan amable,
Y á todas luces tan digno
De ser en su pretension,
Mas rogado que atendido.

D. FAUSTO.

Un sugeto que atesora
Esos dones peregrinos,
¡Lastima sea Marqués!
¿Y quáles son los motivos
De oponerse á sus deseos?

MARCELO.

¿Quáles han de ser? caprichos
Y aprensiones de los padres.
Ni tan apenas lo han visto
Quando no sé por qué regla
Lo tachan de presumido,
Y como tal lo desprecian,
Sin tratar de darle oidos.

D. FAUSTO.

¡Qué haya hombres tan insensatos,
Que solo por un capricho
El mérito desatiendan
De los sugetos mas dignos!

MARCELO mirándolo con ahinco.

¿Si será capáz Don Fausto
De incurrir en tal delirio?

D. FAUSTO.

Me favorece Usted mucho.

MARCELO.

Pues Usted es ese mismo
De quien se trata.

D. FAUSTO.

¿Es creible?

MARCELO.

Muy creible y positivo.

D. FAUSTO.

¿Con qué es Felisa el obgeto?...

MARCELO.

Anhelado y pretendido.

D. FAUSTO.

¿Si yo estoy con Doña Irene
Ya medio comprometido?

MARCELO.

No hay cuidado en esa parte,
Que no se opondrá Jacinto.

D. FAUSTO.

¿Cómo no?

MARCELO.

Como me consta.

D. FAUSTO.

Yo lo sabré ahora mismo;
Porque voy á responder
A Burgos, donde un partido
Aventajado me ofrecen.

MARCELO.

Pues llamémosle... Jacinto, *en voz alta.*
Déjate ver por acá,
Que te esperan dos Amigos.

D. FAUSTO.

Estrañaré en gran manera
El que se haya arrepentido.

MARCELO.

No hay aquí arrepentimientos;
Siempre he pensado lo mismo.

ESCENA X.

JACINTO *y dichos.*

JACINTO.

He recibido el librito;
Mil gracias por el cuidado.

MARCELO.

Tenemos que consultar
Contigo un punto muy árduo.

JACINTO.

Vamos á ver.

D. FAUSTO.

Necesito
Saber de Usted, si la mano
De mi Felisa pretende.

JACINTO.

Jamás en tal he soñado.

D. FAUSTO.

¿Pues á qué fin Doña Irene
Me lo está siempre insinuando?

JACINTO.

No sé ¿ pero Usted me ha visto
Alguna vez inclinado
A la santa esclavitud?

D. FAUSTO.

No por cierto, mil escarnios
Hace Usted continuamente
De ese estado. Sin embargo,
Como es comun en los hombres
Decir todo lo contrario
De lo que piensan; y mas
En esto que cierto empacho,
Qual si fuera algun desdoro,
Causa siempre el confesarlo....

JACINTO.

No me alcanza á mí esa regla,
Pues obro siempre como hablo.

D. FAUSTO.

Sintiera que por mi dicho
Se hubiera Usted agraviado;
Mas nadie me negará
Que un hombre al decir »me caso"
Claramente significa:
»Mi libertad pongo en manos
»De una muger; y mis hombros
»Cargan con nuevos cuidados."
Y así no es mucho, se muestre
Vergonzoso al espresarlo.

JACINTO.

Todas esas reflexîones
Son justas, en tanto grado,
Que no creo se les halle
Escepcion en ningun caso.

D. FAUSTO.

Voy á enterar á Felisa
De todo esto; el desengaño
Le será muy conducente,
Porque ella, segun me ha dado
A entender, por este rumbo
Sus medidas iba echando.

JACINTO.

Se fué con mi Madre.

D. FAUSTO.

¿A dónde?

JACINTO.

Leonor podrá informarnos.

Vase por ella

D. FAUSTO.

Estraño que Leonor
No las haya acompañado.

MARCELO.

Si ella no deja los libros
Un momento de la mano.

D. FAUSTO.

Raro empeño de muger.

MARCELO.

Los de ellas son todos raros.

ESCENA XI.

LEONOR, D. FAUSTO, MARCELO y JACINTO.

LEONOR.

Yo no sé hácia donde han ido,
Mas no tardarán, Don Fausto.
Como quiera, estoy bien cierta
Que no se divierten tanto,
Como yo con mis lecturas
Del viage estraordinario
Que hizo una Inglesa á los Alpes,
Quien por los yelos trepando,
Subió hasta la misma cumbre
Del famoso Monte Blanco.

MARCELO.

¿Y de aquesa fechuria
Qué ventajas ha sacado?

LEONOR.

Que suene su nombre en todas
Las gacetas y diarios
De la Europa.

MARCELO.

¿Y qué tenemos
Con eso de haber sonado?

LEONOR.

¿Pues qué mas se ha de tener?

MARCELO.

¿Qué, el sonar solo vale algo?

LEONOR.

¿Por qué va el héroe á la muerte?

MARCELO.

No me he puesto á averiguarlo.

LEONOR.

Claro está que por la gloria.

MARCELO.

Para mí no está muy claro.

LEONOR.

Pues esté como estuviere,
¡Y qué hombres hay tan pesados!
La Inglesa es una heroïna,
No sé quien puede dudarlo;
Pero hay alguna Española
Capaz de hacer otro tanto.
Si quieres, Jacinto, iremos
A subir al Monte Blanco.

JACINTO.

Qué monte blanco, ni verde;
Te estarás quieta cuidando
De quanto ocurra en la casa,
Y si fuere necesario,
De la despensa y cocina;
Que ninguna ha malogrado,
Por hacerlo, su acomodo.

LEONOR.

Que hablase así un insensato
Que desconoce las letras,
No seria nada estraño;
Pero en Jacinto, que tiene
Sus humos de Literato,
Semejantes improperios,
No hay valor para escucharlos.

JACINTO.

Irse de aquí; buen remedio.

LEONOR.

¿Quién, sino tú, me ha llamado?

JACINTO.

Para hacerte una pregunta
Fué tan solo, y mil desbarros
Has hablado en un momento.

LEONOR.

Diga Usted, Señor Don Fausto.

D. FAUSTO.

Voy á buscar las Señoras;
A la vuelta mas despacio

Nos veremos. *yéndose.*

MARCELO.

Yo le sigo, *yéndose.*
Que el Marqués me está esperando.

LEONOR *á Jacinto.*

Vamos ahora, si quieres,
A hacer un cómputo exâcto
De los gastos del viage,
Que tanto te han asustado.

JACINTO.

¿Es posible que aun insistas
En capricho tan estraño?

LEONOR.

Pero, dime ¿qué se pierde
Por calcular esos gastos?

JACINTO.

Tú nada, porque ya tienes
Harto perdidos los cascos.

LEONOR.

¡Que pagues mi fino afecto
Con desprecios tan amargos!
Confieso que yo en el alma
Lo siento, mas no lo estraño,
Porque no es nuevo en los hombres
El ser altivos é ingratos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LEONOR y FELISA.

LEONOR.

¿Encontrasteis con Don Fausto?
Fué en busca de su Felisa,
Y en ademán de enojado.

FELISA.

¡Ay, Leonor! ¿pues qué tendria?

LEONOR.

Conmigo no se esplicó.

FELISA.

Hemos feriado estas cintas...
Pero, muger, dí ¿qué tienes
Que estás áhi tan distraida?..

LEONOR.

Me interesan harto poco
Semejantes niñerías.

FELISA.

Estos son nuestros asuntos...

LEONOR.

¿Nuestros asuntos?.. no, amiga,
Que en el dia hay muchos hombres,
Aun de esos que se apellidan
Los héroes por escelencia,

Que todo el conato fijan
En bordados, en plumages
Y en las demas fruslerías
Que achacan á nuestro sexô;
Mas yo á los tales maricas
Tan altamente desprecio,
Que huyo siempre de su vista.

FELISA.

Yo jamás hice alto en ellos;
Pero vamos ¿estas cintas
Son de moda? ¿qué me dices?

LEONOR.

Que sean ó no ¿quién mira
Nada de eso?

FELISA.

¿Muger, quieres
Que vistamos á la antigua?

LEONOR.

Tambien es linda aprension
El pretender que una vista
Al gusto de las demas.
A mí nadie me domina,
En eso menos que en nada.

FELISA.

Pero siempre nos precisa
Conformarnos con la moda.

LEONOR.

¿Pues hay mas que introducirla?
Alguna ha de empezar siempre

A usar las que luego privan;
Y en este ramo tan libre,
Mal haya la que no aspira
A la gloria de inventora.

FELISA.

Todo está en que luego sigan
Las demas tus invenciones.

LEONOR.

Esa ya no es cuenta mia.
Con tal que se verifique
El que yo á ninguna rinda
Vasallage, en esta parte
Mi idea está conseguida.

FELISA.

Pues yo no me atrevo á tanto;
Porque luego la critican
A una, y de estravagante
La tachan.

LEONOR.

¡Qué pobrecilla!
¡Qué apocada te hizo Dios!
¡Y qué escasa de noticias
Estás en esto del mundo!
Si ajustarte á la medida
De sus caprichos intentas,
Tendrás una triste vida;
Pues mientra en pos de su aprecio
Tu bien-estar sacrificas,
Lo hallarás inexôrable

Si en un punto te deslizas.
Sobre todo á nuestro sexô,
Quanto mas contemporiza
Con el mundo, tanto mas
Le asalta su vil malicia.
Verdad es, que esas flaquezas,
Esas mudanzas contínuas,
Y en especial esas mútuas
Y vergonzosas envidias,
Que sin cesar nos arrastran,
Materia ofrecen muy digna
De satírica censura.
Por tanto la que consiga
De todas estas miserias
Desviar su fantasía,
Puede ya obrar á su salvo,
Dejando para las niñas
Los reparos y zozobras.
Mi espíritu se gloría
Al menos de haber triunfado
De los impulsos que escita
Por lo comun en nosotras
Del amor la perspectiva,
Quanto mas la posesion;
Y en prueba demostrativa
De quanto he dicho, aquí viene
El Marqués; á Dios amiga,
Bien puedes á tu placer
Disfrutar su compañía.

ESCENA II.

FELISA y el MARQUES.

FELISA.

Tiene Usted muy enojada
A Leonor.

MARQUES.

No sé el motivo;
Ni me interesa.

FELISA.

Tampoco
Sé nada, pero lo digo
Por esta huida tan pronta.

MARQUES.

Pues, Señora, yo repito,
Que poco ú nada me importan
Sus enojos y desvios;
Y solamente de Usted
El aprecio solicito.

FELISA.

No me puedo persuadir
Que un mozo tan instruido
Me prefiera á Leonor.

MARQUES.

Si de tanto elogio digno
Soy, en esta preferencia
Mas que en nada me acredito.
Esos frivolos estudios

Que á Leonor han engreido
Son agenos de su sexô.
Ustedes en qualquier libro
De afectuosa Poesía
Hallarán todo el cultivo
Y fomento que conviene
A su espíritu sencillo.
Naturalmente dotado
Del tino mas esquisito,
Quando una absurda enseñanza
No lo tiene pervertido,
Merece ser envidiado
De los profesores mismos;
Y yo Poeta, las Cloris
Serian los jueces mios.
Todo lo demas, bien lejos
De realzar el sentido
De una muger, solo sirve
Para sacarlo de quicio.
Pero el tiempo nos estrechá
Y aprovecharlo es preciso:
Como por esta impaciencia
Que me agita de continuo,
Y por todas las señales
Que el amor trae consigo,
Seria agraviar á Usted
El dudar que ha comprendido
La pasion que la profeso,
Cerciorarme necesito

Si puedo esperar ó no
Ser de Usted correspondido.

FELISA.

El secreto me fatiga...
Y no me atrevo á decirlo,
Que el hablar en confianza
Suele parar perjuicio.

MARQUES.

Por Dios, Señora, que nada
Aventura Usted conmigo.

FELISA.

Si Usted supiera el aprecio
Que me tienen merecido
Sus prendas... ya dias hace.

MARQUES.

Nunca pude presumirlo,
Al ver esa indiferencia.

FELISA.

Como tenia entendido
Que amaba Usted á Leonor;
Y además, como Jacinto,
Segun lo que Doña Irene
Una y mil veces me dijo,
Se me mostraba propenso,
Me fué hasta ahora preciso
Reservar mi inclinacion,
Mejor diré... mi cariño.

MARQUES.

Pues lo ha de saber Don Fausto,

Antes que admita el partido
Aventajado de Burgos.

FELISA.

¿Cómo?... á mí nada me ha dicho
De partido, ni de Burgos.

MARQUES.

No creo tarde en decirlo;
Y por tanto yo quisiera
Que Usted desde ahora mismo
Se arrestase á declararle,
Como ha quedado conmigo
Apalabrada, y que dueño
Soy solo de mi albedrio,
Y de mis bienes.

FELISA.

¡Qué empeño
Tan terrible! ¡en qué conflicto
Me voy á ver!

MARQUES.

¿Pues, Señora,
Se trata de algun delito?

FELISA.

No, Marqués, mas no es posible
Que yo acierte á proferirlo.

MARQUES.

Ya estoy viendo quanto puede
En un pecho bien nacido
El respeto con sus padres,
Pero tambien es preciso

A veces hacerles frente,
Y contrastar sus caprichos;
Y así yo espero que Usted
Ha de esforzar el partido.

FELISA.

¡Ay! ¿qué sé yo? allá veremos.
Mucho de mí desconfio.

MARQUES.

A todo esto, me ha quedado
Acá cierto escrupulillo
Sobre eso de ir á hacer compras.

FELISA.

Doña Irene fué quien quiso
Salir; yo nada sabia.

MARQUES.

¿Y algun siniestro designio
De alejar á Usted de mí,
No pudo haber influido?

FELISA.

Por lo menos fundamento
Hubo para presumirlo,
Como insinué á Doña Irene;
Mas ella con ceño altivo
Me trató de maliciosa,
Y despechada me dijo:
»Si te apetece el Marqués,
»Ahí está no te lo envidio;
»Pues esos muebles abundan
»Por mi casa, hace mil siglos..."

ESCENA III.

D. FAUSTO y dichos.

D. FAUSTO.

Estás hecha un Abogado,
Vertiendo tanta doctrina.
Veo que eres afluente;
Por Dios que no lo sabia.
¿Dónde están estas Señoras?

FELISA.

Dentro; han dicho que tenian
Que hacer, pero si Usted quiere,
Iré á llamarlas.

D. FAUSTO.

No, amiga,
Porque entrar contigo en cuentas
Aquí á solas me precisa.

MARQUES.

Pues entónces incomoda
A Ustedes mi compañía.

D. FAUSTO.

Yo no quise decir tanto.

MARQUES.

No obstante, la indirectilla,
O yo no sé castellano,
O todo eso significa.

D. FAUSTO.

Bien; será lo que Usted quiera,
Yo no gusto de porfias.

MARQUES.

Y yo menos, con que así,
Señores, hasta la vista.

ESCENA IV.

D. FAUSTO y FELISA.

D. FAUSTO.

Si pregunto, qué tratabais,
Saldrá aquí una mentirilla
De las que tienen á mano
Para estos lances las niñas.
Pero en fin, vamos á ver;
¿Qué era eso que le decias
Al Marqués con tanto ahinco?

FELISA.

Nada; quatro tonterías;
Que salí con Doña Irene,
Que compramos unas cintas,
Y que está todo muy caro.

D. FAUSTO.

¡Qué inocente! quanto digas
Creeré á ciegas.

FELISA.

Ya sé
Que habla Usted por ironía.

D. FAUSTO.

¡Disparate!.. ¿y el Marqués!

FELISA.

No me habló nada.

D. FAUSTO.

Mentira.

FELISA.

No hizo mas que estarme oyendo.

D. FAUSTO.

Pero ántes algo diria.

FELISA.

Si entraba en aquel instante.

D. FAUSTO.

Vaya, que está bien urdida.
¿Con que no llegó á decirte
Siquiera una palabrita?

FELISA.

Si la dijo, no me acuerdo.

D. FAUSTO.

¡Memoria feliz, y digna
De que todos la envidiemos!

FELISA.

Si yo estaba distraida.

D. FAUSTO.

Eso sí que es verosimil;
Y sobra que tú lo digas.

FELISA.

Solo puedo recordar,
Que me habló de Poesía.

D. FAUSTO.

Por via de introduccion

Hubo sin duda coplillas.
Vaya, veamos el parto
De esa musa peregrina.

FELISA.

No entiendo lo que Usted dice.

D. FAUSTO.

Habla la verdad, Felisa;
¿No te ha dado algun billete
Lleno de versos que digan:
„Que tienes tanto atractivo,
„Que lo encanta y que lo hechiza;
„Que en presencia y en ausencia
„Te tiene siempre á la vista;
„Que se muere, que se acaba,
„Que en ti consiste su vida,"
Con los demas desvaríos
Que en tales casos se estilan?

FELISA.

No me dió papel alguno.

D. FAUSTO.

Tus reservas no me admiran;
Supuesto que el negar siempre,
Aun lo que cae á la vista,
Quanto mas lo que está oculto,
Es la máxîma que priva
Entre todas las muchachas;
Pero en fin, Señora mia, *alzando la voz*
Nos iremos pronto á casa,
Para que Usted se despida

De estar sola con personas
Que no tengo conocidas.
Mas ya salen; vete dentro.
Señoras, dos preguntillas
Se me ofrece hacer á Ustedes
Sobre un punto, en que Felisa,
Como muchacha, no puede,
Ni debe tener noticia. *Vase Felisa.*

ESCENA V.

DOÑA IRENE, D. FAUSTO y LEONOR.

DOÑA IRENE.

¡Jesus, qué voces, Don Fausto!
A fin de saber la causa
De tan rara novedad
Corremos medio asustadas.

D. FAUSTO.

Pues en pasándose el susto
Iré por la calaguala.
Dejémonos de embelecos,
Y salga ya á luz la trama
De traer aquí á Felisa,
No sé si diga engañada,
A fin de que á sus anchuras
El Marqués pudiera hablarla.

DOÑA IRENE.

No puedo menos de dar

A Usted infinitas gracias,
Por la honrosa tercería
Que supone en nuestra casa.

D. FAUSTO.

¿Tan puntosa es Doña Irene
Que sin motivo se agravia?
Como quiera, en mi concepto
La muger, quando la plaza
De primera, esto es de amante,
No le cabe ó no le quadra,
Ocupa la de tercera,
Y se da por muy pagada.

LEONOR.

¿Y no ha visto Usted mugeres
Que desprecien ambas plazas?

D. FAUSTO.

No, Señora.

LEONOR.

¿Cómo no?

D. FAUSTO.

Como no las hay.

LEONOR.

No faltan.

D. FAUSTO.

Alguna hay que lo aparenta.

LEONOR.

Y que lo hace.

D. FAUSTO.

Esa no pasa.

Pues en este caso mismo,
Al ver que entrambos estaban
Ansiosos de hablarse, fuime
Diciendo, allá se las hayan.

D. FAUSTO.

¡Qué rasgo de humanidad!
Puede Usted estar ufana
Con él.

LEONOR.

Ni aun mofa merecen
Semejantes pataratas.

DOÑA IRENE.

¿Pero supuesto que hubiese
Lo que Usted se figuraba,
La boda de este Marqués
Seria descabellada?

D. FAUSTO.

Será algun Marqués venido
De allá de la tramontana;
De esos de á real la docena,
Que tendrá muy empeñadas
Sus haciendas, si las hay,
Y pensará alzar su casa
Con el caudal de Felisa,
Para despues despreciarla;
Y en suma una conveniencia
Así tan aventajada,
¿Para qué cederla á nadie,
Sino al punto aprovecharla?

LEONOR.

Otras á caza de novios
Andarán muy desveladas,
Pero acá no se gasta eso.

D. FAUSTO.

¡Y lo que son las muchachas!
Siempre están menospreciando
Lo que anhelan con mas ansia.
Señora, vamos quanto antes
á Doña Irene.
A salir de nuestras cargas.
Si mi difunta viviera,
De este peso me aliviára;
¿Pero en faltando la madre,
Quién sustituye su plaza?
En conclusion, si á pedirme
A Felisa se llegára
Un sugeto conocido,
Al momento la casaba.

DOÑA IRENE.

¿Pues Usted para Jacinto
No la tenia guardada?

D. FAUSTO.

¿Si á Jacinto hay que pagarle,
Segun parece, la gana?..

DOÑA IRENE.

Cabeza de Literato,
Que toda se vuelve agua.
Pero en fin, si es tal la priesa

Que Usted tiene por casarla,
Ahí está Don Marcelo.

D. FAUSTO *parándose un poco.*

A mí no me desagrada;
Todo está en que ella se avenga.

DOÑA IRENE.

Yo le daré una puntada;
Y veremos como pinta.

LEONOR.

Dicho se está, que naranjas.

DOÑA IRENE.

¿Qué sabemos?

LEONOR.

Yo lo sé,

DOÑA IRENE.

En fin no se pierde nada.

D. FAUSTO.

Por si acaso, á Don Marcelo,
Sin esplicarme á las claras,
Le voy á insinuar la especie;
Y si esta boda no quaja,
Aceptaré la de Burgos,
Aunque en verdad me pesára
Alejarla de mi lado.
A este fin, sin mas tardanza,
Me marcho á ver si lo encuentro,
Con segura confianza
De que si acaso volviere
El tal Marqués en demanda

De Felisa, nó ha de verla,
Y mucho menos hablarla.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE y LEONOR.

DOÑA IRENE.
Leonor, debo decirte,
Que eres una estrafalaria.

LEONOR.
Añada Usted la razon...

DOÑA IRENE.
Porque sabes lo atrasada
Que yo estoy, y que no puedo
Darte un dote que lo valga;
Y sin embargo no apelas
A esos arbitrios y mañas
Que siempre la voluntad
De los hombres avasallan.
El Marqués, como uno de ellos,
Es regular se empeñára,
Y mas habiendo al principio
Mostrado tanta eficacia,
Si tú...

LEONOR.
¿Madre, tanta priesa
Me corre de estar casada?

DOÑA IRENE.

Tú lo sabes.

LEONOR.

Yo sé solo,
Que han dado en la bella gracia
Los hombres de blasonar
De entereza y de constancia,
Tachándonos de veletas;
Y al propio tiempo hacen gala
De mudar de pasatiempos,
O de amores por semanas.

DOÑA IRENE.

Como quiera, yo en estremo
De ese acomodo me holgára;
Y mas viendo que Jacinto
Me quita toda esperanza
De consuelo. ¡Quién creyera
Que á sabiendas malográra
El partido de Felisa!

LEONOR.

Mi hermano allá se las haya,
Pues nunca cuenta conmigo;
Pero yo apelar á mañas
Mugeriles y rateras,
Por arrancar la palabra
A un hombre que se resiste,
No es posible que lo haga.
Si él de suyo me la diera
A cumplirla le obligára

Este brazo, y en dexando
La causa nuestra vengada,
Con egemplar ignominia
Su mano infiel desechára.
Mas si un novio con dinero
Se presentase mañana,
Por mas que me repugnase,
Por mas que se me antojára,
Un coco en la catadura
Y en el espíritu un mandria,
Por sacar á Usted de ahogos
Al momento me casaba.
No hago en esto sacrificio
Alguno; nuestra desgracia
Quiere que todas sigamos
La carrera de casadas.
Pues entónces venga un hombre,
Y luego allá mas que salga
Lo que saliere, no importa;
Porque, si bien se repara,
Los hombres unos á otros
Poco ú nada se aventajan.

DOÑA IRENE.

Lo malo es, que de esos novios
Hay poca ó ninguna pasa,
Y al primerito que asoma
A porfia lo arrebatan;
Pero en fin, me alegro mucho
De verte tan resignada.

ESCENA VII.

JACINTO, MARCELO y dichos.

JACINTO.
¿Donde está nuestro Don Fausto?
DOÑA IRENE.
Se marchó diciendo que iba
En busca de Don Marcelo.
MARCELO.
Pues por si iba en busca mia,
Dejé yo en casa razon
De que hácia acá me venia.
JACINTO.
Yo voy á ver si lo encuentro.
MARCELO.
¿Habrá quién me dé noticia
Del Marqués?
LEONOR.
No ha mucho rato
Que nos hizo una visita.
DOÑA IRENE.
Leonor ¿tal preguntar,
Y tales priesas, qué indican?
LEONOR.
No sé nada. ¿Así te marchas, *á Jacinto.*
Dejando sola á Felisa?
JACINTO.
No le es nueva mi estrañeza. *Vasefuera.*

LEONOR.
Voy á hacerle compañía. *Vase adentro.*

ESCENA VIII.

DOÑA IRENE y MARCELO.

DOÑA IRENE.
¿Cómo es eso Don Marcelo?
Anda Usted de diligencias.

MARCELO.
El Marqués, por su amorío
Con aquesa muchachuela,
Me saca de mis casillas,
Que por mí no me moviera.

DOÑA IRENE.
Pues el pobre, con Don Fausto
No la tuvo aquí muy buena.

MARCELO.
¿Qué fué?

DOÑA IRENE.
Que estando solitos
Los cogió en la ratonera.

MARCELO.
El se mostró reducido,
Quando le hice la propuesta
Del Marqués...

DOÑA IRENE.
Pues ya no hay nada.

MARCELO.

Guarda el hombre conseqüencia.
¿Es Valenciano?

DOÑA IRENE.

Tal vez
Le incomodó la sorpresa.

MARCELO.

Con que Don Fausto pretende,
Que tengan á su heredera
Por plaza de primer órden,
Y que la sitien en regla;
Pues que busque sitiadores
Que gasten toda esa flema.
¡Qué insensatos son los hombres
Que se toman tanta pena
Por esto del matrimonio!
Se lės mete en la mollera
Que han de alcanzar una novia,
Y precisamente aquella
Ha de ser, y no otra alguna.
Sin duda no consideran,
Que al mes de boda es lo mismo
La bonita que la fea;
Pues si al cabo ha de venir
La calmosa indiferencia,
Paraque luego no cause
Desazon con la estrañeza,
Empieze en el desposorio
Su benéfica influencia.

DOÑA IRENE.

Pocos hombres seguirán
Una doctrina como esa.

MARCELO.

Yo soy así; los demas
Harán lo que les parezca.

DOÑA IRENE.

¿Pues con esa vocacion
De casado que Usted muestra,
Por qué no escoge quanto ántes
Una digna compañera?

MARCELO.

Por desidia; ya lo dije,
Pues al cabo como sea
Robusta y bien inclinada,
Lo demas poco interesa.
Yo á lo sumo estarse en casa,
Y cuidar algo mas de ella
Que la gente asalariada
De la muger exîgiera,
Sin meterme en gollerías.

DOÑA IRENE.

¿Y no tendria mas cuenta
Una muchacha con dote,
Y al mismo tiempo no fea;
Asi como Felisita?
Esa si que fuera presa.

MARCELO.

No es mala; pero quizás

Yo alguna otra menos tierna,
Tal qual moza y de buen fondo,
Rica ó pobre prefiriera;
Y aunque tenga estravagancias,
Pues todas han de tenerlas.

ESCENA IX.

FELISA, LEONOR y dichos.

FELISA.

No me dejes, Leonor...
Me consumo de impaciencia.
¿Jacinto habrá visto á Padre?

DOÑA IRENE.

¡Ay Felisa, con qué fuerza
Te entró la pasion! Amiga,
Ten un poquito de espera,
Que el asunto no es por cierto,
Para tratado de priesa.

FELISA.

¡Qué facil es dar consejos!
¿Y si el Marqués se despecha,
Recordando el cruel sonrojo
Que sufrió aquí en mi presencia?

DOÑA IRENE.

Si el Marqués se descamina
Tendrás novios á docenas;
Y sin salir de esta sala,

Está pronto á tu obediencia
Don Marcelo, en ademán
De alargarte su derecha.

FELISA.

¡Jesus!

MARCELO.

Mil gracias; la niña
Gasta preciosas finezas.

FELISA.

Yo no sé lo que me digo.

DOÑA IRENE.

Como estás ahí tan inquieta
Por tu novio, yo queria
Consolarte.

FELISA.

¡Y qué manera,
Cielos, de darme consuelo!
Tan solo la contingencia
De perder al que escogió
Mi pasion, que tan secreta
Hartos dias he tenido,
Es lo que á mí me impacienta,
No el anhelo de una boda.

LEONOR.

En teniendo la esperiencia
Que te falta, ya sabrás
Dominar esas flaquezas.

FELISA.

No sé lo que será luego;

Yo para ahora quisiera
El alivio de mi mal.

MARCELO.

La muchacha es bien ingenua,
Pues declara su pasion
Sin rebozos ni zalemas.

FELISA.

Por mas que yo en ocultarla
Me empeñára, no pudiera.

LEONOR.

En eso obras como debes,
Pues la exêcrable vileza
De encubrir su pecho, es propia
De ruines mugerzuelas.

FELISA.

No estoy para responderte.

DOÑA IRENE.

Don Fausto y Jacinto llegan.

FELISA.

Me marcho dentro. *Vase.*

LEONOR.

Felisa,
Ven acá, por Dios, no temas.

DOÑA IRENE.

¡Quál está! me da cuidado.
Leonor, aquí te queda
Con los Señores, que yo
Fuerza es me vaya con ella. *Vase.*

ESCENA X.

D. FAUSTO, LEONOR, JACINTO y MARCELO.

D. FAUSTO.

Me destemplé demasiado,
Y sin causa, ya lo veo;
Aunque hallar un padre á su hija
Sin testigos departiendo
Con un hombre, aun quando tenga
Ese merito completo
Que Usted dice, y quando sea
Mas digno y mas caballero
Que el mismo Cid campeador,
Siempre es asunto muy serio.

JACINTO.

¿Quién lo duda? mas mediando
Un objeto tan honesto
Como traia el Marqués,
Es ya el caso muy diverso.

D. FAUSTO.

No estaba en las circunstancias.
Y el pararse allí de intento
A aclararlas, solo cabe
En alguna alma de yelo,
Que así puede dominarse;
La mia se inflama presto.

JACINTO.

Pero algun antecedente
Tenia Usted por Marcelo.

D. FAUSTO.

¿Cree Usted que me acordase
De nada en aquel momento?
Pero en fin, quando lo encuentre
Le he de mostrar lo que siento
El haberle sonrojado.
Todo hombre vivo de genio
Sufre él mismo mas que nadie
De sus impulsos violentos.

JACINTO.

Ahora para quedar
Nuestro Marqués satisfecho,
Es fuerza que Usted, no solo
Le dé su consentimiento,
Sino que pase á brindarle.

D. FAUSTO.

Don Jacinto, nada de eso.
¡Ir yo á nadie con tal brindis!

LEONOR.

Pues trataba Usted de hacerlo
Indirectamente.

D. FAUSTO.

¿A quién?

LEONOR.

A alguno que no está lejos.

D. FAUSTO.

Ya me lo hubiera mirado.
¿Pero Usted con tanto empeño
Abogar por el Marqués?
¿No era mas propio quererlo
Para sí?

LEONOR.

¿Con que Usted piensa
Que mi pecho está sujeto
A esa ridícula envidia
Tan comun en nuestro sexô?
En mí no reinan flaquezas;
Yo al contrario en ellas reino,
Y por servir á una Amiga
Es tal lo que me impaciento...

D. FAUSTO.

¿Con que el Marqués no merece
Para Usted ningun aprecio?

LEONOR.

Entendámonos, Don Fausto.
El dicho Marqués, bien lejos
De estimar mis circunstancias,
Me trató con vilipendio;
Y como opinan los hombres
Que es este el seguro medio
De avasallar las mugeres,
Lo llevan hasta el éstremo;
O por su torpe amor propio
Usan de él ántes de tiempo,

Y en vez de amor se acarrean
Perpetuo aborrecimiento.
Sea en esto lo que fuere,
El Marqués me es quando menos
Indiferente.

MARCELO.

¿Quién sabe?

LEONOR.

Yo bien sabido lo tengo;
Y tanto deseo ver
De este asunto el paradero,
Que si él tarda demasiado,
Voy yo volando á traerlo.

MARCELO.

Si está muy enamorado,
Ya se vendrá por sí mesmo;
Bien que acaso otro amorío
Le detendrá.

D. FAUSTO.

¿Eso tenemos?

JACINTO.

No, Señor, ni por asomo;
Son malicias de Marcelo.

MARCELO.

Como es buen mozo, imagino
Que tendrá amores á cientos.

LEONOR.

En fin Don Fausto está pronto
A dar el consentimiento

Que se le pide.

D. FAUSTO.

Sí estoy,
Leonor; y aun lo deseo.

LEONOR.

Voy á que me dé mi amiga
Las albricias del suceso,
Y luego aquí á recibir
Enhorabuenas saldremos. *Vase.*

ESCENA XI.

D. FAUSTO, JACINTO y MARCELO.

MARCELO.

Concluido está el negocio.

JACINTO.

Te engañas mucho, Marcelo.
Conozco bien al Marqués,
Y aseguro desde luego,
Que á menos de ir á buscarle
No se dará por contento.

D. FAUSTO.

Si eso espera, está despacio.

JACINTO.

A Felisa compadezco;
Y aun á Usted.

D. FAUSTO.

¿A mí? ¿por qué?

Porque si Usted no es de hierro
Sufrirá toda la vida
El amargo desconsuelo
De ver infeliz á su hija;
Pues el Padre que en teniendo
Un partido ventajoso
Por interés, ó por mero
Capricho no lo aprovecha,
No es ya Padre, sino un fiero
Tirano, que se hace digno
Del castigo mas severo.

MARCELO mirando al Marqués que llega.

¿No dije yo que vendria,
Sin que fuesen á traerlo?

ESCENA XII.

EL MARQUES y dichos.

MARQUES.

Marcelo, motivo habia
Para todo; pero vengo
Porque sé bien que Don Fausto
Obró allá por un concepto
Errado que de mí tiene,
Contándome, entre los necios
Que de títulos se engrien...

D. FAUSTO.

¡Ojalá que mas á tiempo

Me hubiera desengañado
Don Jacinto del funesto
Error que me halucinaba!
Pero Usted es ya muy dueño
De esplicarse, que estoy pronto
A cumplir con su deseo.

MARQUES.

Yo no traigo peticiones;
Otros son mis pensamientos,
Los que solo mostraré
En presencia del obgeto,
A que todos se refieren.

MARCELO.

¿Felisa?.. no sé si ha vuelto
De un susto mortal.

D. FAUSTO.

¿Qué fué?

MARCELO.

Un noticion que le diéron.

MARQUES.

¿A que se redujo?

MARCELO.

A nada.

MARQUES.

¿A qué volvia al encierro
De su convento?

MARCELO.

No, amigo;
Punto era mucho mas sério.

JACINTO.

¿Qué el Marqués no la queria?

MARCELO.

Tampoco.

MARQUES.

Vaya, acabemos.

MARCELO.

Que la casaban conmigo.

D. FAUSTO.

Y lo cuenta tan sereno;
¡Qué poco amor propio gasta!

MARCELO.

Sin duda se repartiéron
Ese género precioso
Los poetas, los guerreros,
Y sobre todo las damas,
Que yo ni un adarme tengo.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

DOÑA IRENE.

No queria presentarse.

JACINTO.

Ven, Felisa ¿qué recelas?

LEONOR.

No acaba de persuadirse,
Que Don Fausto se convenga
A que dé al Marqués su mano.

JACINTO.

Mucho teme quien desea.

MARQUES.

Pues yo traia estudiada
Sobre este asunto una arenga,
Despidiéndome de Ustedes
Para siempre; mas apenas
Se ha dejado ver Felisa,
Demostrando en la tristeza
De su apocado semblante
El interés y las veras
Con que el logro, ya tardío,
De mis intentos anhela,
Mi despecho quedó helado.
Y así, Don Fausto por hecha
Desde este feliz momento
Dé Usted mi demanda espresa.

D. FAUSTO.

Además de que el negarla
Fuera ya una inconseqüencia,
Vengo en ello tan gustoso,
Que me doy la enhorabuena.

FELISA.

¡Ay, Padre! ¿cómo podria
Espresar yo la terneza
Con que agradezco el favor?
Lo que siento es ver qual queda
Leonor.

LEONOR.

¡Qué disparate!
No, Felisa, no lo sientas.
Si el Señor Marqués conmigo
Comprometido estuviera,
Quizá se arrepentiria
De su aleve insubsistencia;
Mas nunca mis circunstancias
Le hiciéron alguna mella,
Antes bien, al parecer,
Altamente menosprecia
Este espíritu bizarro,
Que es tal vez mi mejor prenda;
Y que haciéndome mirar
Sin la menor diferencia
Los hombres para casarme,
Me inclina ahora á que ofrezca
Esta mano á Don Marcelo.

MARCELO.

Señora, entónces dijeran
Que entré yo á falta de buenos.

MARQUES.

¿Todo un Marcelo tropieza
En semejante reparo?
Lo oigo, y no sé si lo crea;
Y mas quando los amigos
Le ruegan que condescienda.

LEONOR.

Ha de ser sin repugnancia.

MARCELO.

Y con mil amores; venga
Esa mano; y tú, Marqués,
Que crees que me la pegas,
Serás tal vez el chasqueado.

MARQUES.

Bien, déjame que lo sea.

D. FAUSTO.

¿Don Jacinto no se casa?

MARQUES.

Ya lo está, con los Poetas.

JACINTO.

Así es; fuera de mis libros,
No hay cosa que me apetezca.

D. FAUSTO.

Felisa, ya estás servida;
Pero sabe Dios me pesa
Tener por yerno un Marqués,
Y la causa de esta tema
La sabe bien Doña Irene.

MARQUES.

Desde ahora á competencia
Trabajemos en labrarnos
Una dicha duradera;
Pues solo aquel la consigue
Que se reduce á su esfera,
Y de su estado y su sexô
Los deberes desempeña.

FIN.

Á MI AMIGO Y COMPAÑERO

DON CÁRLOS PIÑATELI. [1]

A ti los ecos de mi musa ufana,
Amable Cárlos, desalados vuelan;
Vuelan á ti, y en tu amistad confian
Hallar dichosos la acogida tierna
Que tu puro candor, tu zelo ardiente,
Y tu afectuoso corazon franquean
A quien con noble y denodado anhelo
A los artes consagra sus tareas.
Léjos de aquí los amorosos raptos,
Léjos por siempre la ambiciosa hoguera
Que ardió algun dia en mi imprudente seno.
Vino por fin la Madurez serena
Tras el bravo uracán de las pasiones,
Y dió la mano á la Amistad risueña,
Que reanimó mi espíritu doliente;
Qual suele en pos de bárbara tormenta
Que en furioso encontrado remolino
Agitaba la débil sementera,
Soplar el blando y puro zefirillo
Que en suaves mecidas la recrea.

[1] Esta composicion, que se pone aquí por llenar las planas sobrantes, es la Dedicatoria del *Valero*, novela de mas estension y trascendencia que la *Serafina*, y cuya publicacion nos es forzoso retardar todavía por algun tiempo.

Con tan sagrado arrimo audaz arrostra
Al mundo ingrato la pintura ingenua
De los yerros fatales, que acosáron
Mi edad lozana en incesante guerra;
Guerra crüél, donde sin fin lidiando
Los que del mundo á la ilusion se entregan,
Por mas victorias que celebren, hallan
Logros escasos, infinitas penas.
¿Y aún el vulgo que medir pretende
Por su ignorancia la verdad escelsa
Culpará mi candor?.. El se apiadára
De mi destino, si alcanzar pudiera,
Que en un pecho sensible los placeres
Vuelan esquivos, las desdichas quedan
Para siempre estampadas, y revisten
De odioso luto y lóbregas tinieblas
El campo inmenso que tal vez en sueños
Vió preparado á su triunfal carrera.
Así esta historia, qual la mano amiga
Del esperto viandante en la maleza
Lleva al bisoño, á los mortales guie,
Y haga que alguno venturoso sea;
Y así destierre el torpe fanatismo
De vivir en total independencia,
Que mientra halaga el corazon lo priva
Para siempre del bien que tanto anhela.
¡Qué frenesí! desde el primer instante
En que respira el hombre, á la influencia
Del ayre, del solar, del alimento,

Y á los deberes del social sistema
Esclavo yace, y si con ciego arrojo
La ley universal hollar intenta,
Tras mil fatigas, sin consuelo siente
Ansia insaciable, agitacion perpetua.
Aquí verás como mi incauto pecho
Víctima fué de la altivez violenta,
Que en su delirio se ideaba el mundo,
Teniendo en mucho mis escasas prendas,
Qual jardin destinado á su regalo;
Como si alguna simplecilla abeja
Que criaba el vergel para ella sola
Sus fragantes aromas se creyera.
Ahora mismo mi interior se agita
Qual si se hallára en la fatal refriega,
Como tras fiera tempestad las olas
Hierven y en torno del bajel se encrespan:
Ando tras el reposo, y el vá huyendo,
Y corro mas, y al alcanzarlo vuela;
Y en medio de este afan interminable
Odio el estudio, el ocio me atormenta,
Busco la distraccion, y solo encuentro
Mas desengaños y desdichas nuevas.
Querido amigo; pese á nuestro orgullo,
Al lado de una amable compañera
Mora la ansiada Dicha, y tú el modelo
Viste en Felisa candorosa y bella,
Timbre del Ebro y de su sexô gloria;
Viste un modelo de jovial modestia,

De ameno trato y de inefable gracia,
Y viste acaso en tu exâltada idea
El yermo campo de la vida lleno
De halagüeño verdor con su presencia.
Una y mil veces venturoso el hombre
Que sus desvelos y su amor concentra
En el cándido seno de una esposa
Fiel sin jactancia y sin estudio tierna,
Que alivia del consorte los quebrantos,
Y sus bienes y gozos acrecienta.
Si mi espíritu al paso que encarece
Tan sobrehumano logro, lo desecha
Qual galardon de eterna servidumbre,
Aborrezco indignado esta demencia,
La detesto y gozarme ansioso anhelo
Del Ebro manso en la felíz ribera
Al par de ti, para ofrecer á un tiempo
A las altas beldades que la pueblan
Vistosas flores y preciados frutos.
 Entretanto en alivio de mis penas,
Aclamará con esforzado aliento
A la amable virtud mi voz ingenua,
Y de Felisa y de mi dulce Amigo
Cantará sin cesar las escelencias.

OBRAS DEL AUTOR.

Poesías varias 1.ª 2.ª y 3.ª parte. En esta última se halla la Presumida, Zarzuela.

El Calavera. . . . . . } *Comedias.*
La Muger Varoníl. . }

El Cariño Perfecto, ú la Serafina. Novela, en cartas escritas de Zaragoza á Burgos.

Ensayo de Traducciones, que comprende la Germania, el Agrícola y varios trozos de Tácito y de Salustio; con un Discurso preliminar sobre la lengua castellana.

Las Odas de Horacio, con un comentario crítico en castellano.

N O T A.

Al Autor le consta que se ha tratado de reimprimir la sobredicha Novelita en Barcelona, y aunque por ahora se ha frustrado este intento, por si acaso viniese á verificarse, advierte al Público, que la edicion legítima y estremadamente correcta es la que está en el mismo carácter de la presente Nota; y se vende con las demas obras, en la Librería de Castillo.

Pueden verse [illegible] 1 a 2 [illegible] para [illegible] se hallan la [illegible] [illegible].

El Barón . . . . . } Comedias.
La Mojigata. }

El [illegible] Perfecto, y la [illegible] Noticia, [illegible] de Logroño a Burgos.

Ensayo de Traducción, [illegible] Gramático, [illegible] Literatura [illegible], con un Discurso preliminar sobre la lengua castellana.

Las [illegible] de [illegible], [illegible] [illegible].

NOTA.

Al Autor le consta que se ha tratado de reimprimir la sobredicha [illegible], y aunque por ahora se ha [illegible] este intento, por si acaso viniese a verificarse, advierte al Público, que la edición legítima y [illegible] correcta es la que está en el mismo carácter de la presente Nota; y se vende con las demás obras, en la Librería de Castillo.